

VIVENCIAS III

Certamen de narrativa breve, dibujo y pintura

Aulas Tercera Edad Alicante - ASAUTE

2017-2018



FUNDACIÓN COMUNITAT VALENCIANA

MARQ

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE ALICANTE



C/Primo de Rivera 14 4to

Para muchas personas el envejecimiento es un proceso continuo de crecimiento intelectual, emocional y psicológico. Sin embargo, como parte del sentir colectivo de una sociedad que valora por encima de todo la productividad, circulan ideas equivocadas acerca de la Tercera Edad y de las potencialidades de las personas mayores.

La labor que desempeña el MARQ, en su objetivo de acercar nuestra historia y nuestro patrimonio a toda la sociedad, nos da un ejemplo de que los prejuicios sobre la tercera edad son infundados.

Esta publicación es una demostración de la riqueza que atesoran las personas mayores. Narrar, relatar, en definitiva, expresar con un pincel o con un bolígrafo los recuerdos y las vivencias de nuestros mayores es el objetivo del certamen **VIVENCIAS III**. Con este proyecto el MARQ contribuye a favorecer el diálogo intergeneracional.

Nunca deberíamos olvidar que una sociedad que pretende crecer no puede perder el contacto con la experiencia acumulada por las personas de mayor edad.

Quiero felicitar al MARQ y a los participantes de la Asociación Cultural Aulas de la Tercera Edad-ASAUTE por el resultado de esta colaboración y desear un futuro prometedor.

*César-Augusto Asencio Adsuar
Vicepresidente de la Fundación CV-MARQ y
Diputado de Cultura y Educación*

El MARQ es un museo integrador. Así lo demuestran los innumerables proyectos de accesibilidad y de responsabilidad social que llevamos realizando en la última década. El colectivo de la Tercera Edad es parte destacada en este esfuerzo por hacer del MARQ un “museo para todos”. En este sentido, la Fundación CV-MARQ y la Asociación Cultural ASAUTE, Aulas de la Tercera Edad, se han unido en un proyecto de colaboración que, durante este curso 2017/18, se ha materializado con la puesta en marcha de dos programas de actividades diferenciadas. Por un lado, el de visitas al museo – “**MARQ +65**” – para la formación de los miembros de ASAUTE. Y por otro, la realización del Certamen – “**VIVENCIAS III**” – de narrativa breve y de expresión plástica.

Vivencias III pretende rescatar de la memoria las vivencias de nuestros mayores a través de la escritura y de la experiencia artística. Así los relatos han tenido como temática los recuerdos relacionados con la vida en Alicante (costumbres, oficios y enseñanza,...). Y los trabajos de dibujo y pintura se han centrado en el MARQ. Seleccionando finalmente tres, de entre todos los presentados, por cada una de las modalidades (relatos, dibujos y pinturas). El resultado de este certamen lo reunimos ahora en esta publicación, que también pretende ser un homenaje a nuestros mayores.

Deseo transmitir mi enhorabuena a todos los participantes de la asociación Aulas de la Tercera Edad-ASAUTE, haciendo mías, para compartirlas con todos Uds., las palabras que hace 2.500 años pronunció el dramaturgo y filósofo griego Sófocles: “*Los que en realidad aman la vida son aquellos que están envejeciendo*”.

Josep Albert Cortés i Garrido
Director Gerente de la Fundación CV-MARQ

AGRADECIMIENTOS

¿Quién no tiene alguna vivencia que contar?, recuerdos que también forman parte de la historia de nuestra provincia.

Con este fin comenzamos el Certamen de relatos y pintura “Vivencias”, pero es “**VIVENCIAS III**” el que ha recibido el mayor impulso gracias al prestigioso Museo Arqueológico Provincial de Alicante.

En nombre de la Asociación cultural ASAUTE-Alicante (Aulas 3ªedad) quiero agradecer al MARQ la colaboración que nos ha ofrecido, promoviendo y ampliando las actividades de formación y de acceso a la cultura de las personas mayores, y sacando a la luz este libro que recoge sus trabajos artísticos y relatos. Al alumnado de Aulas, agradecerles sinceramente que sigan compartiendo sus conocimientos y experiencias, “sois un referente para las nuevas generaciones”.

Al Profesorado de Aulas, porque sin vuestro trabajo no tendría sentido este proyecto.

No queremos olvidar la gran contribución la profesora de literatura de Aulas de la Tercera Edad, Teresa Rubira Loren, a esta publicación. A ella debemos el breve comentario que aparece en cada uno de los relatos en donde ha sabido plasmar el espíritu de los mismos.

Mariluz Sánchez Gomis
Directora de ASAUTE-Alicante

RELATOS CORTOS

Vestida para el recuerdo _____ 9 <i>M^a Francisca Márquez Ayuso</i>	Nunca es tarde _____ 30 <i>Lidia Durá Martínez</i>
Cruces de mayo _____ 12 <i>M^a Luisa Campos Llobel</i>	Mis recuerdos y vivencias _____ 31 <i>Isabel Mondéjar Vidal</i>
Cigarreras _____ 14 <i>Germana Roche Fayos</i>	¿Poesía? _____ 32 <i>Manuela Pedrero Rodríguez</i>
La rebotica _____ 16 <i>M^a Ángeles Soriano Caturla</i>	Fuego, agua, corazón _____ 34 <i>M^a Luisa Valls Homobono</i>
¿De dónde eres? _____ 18 <i>Evelyne Navarro Pérez</i>	Destino Alicante _____ 36 <i>Jeannine Guerin Guillon</i>
La corfa del pá _____ 20 <i>Dolores García Frases</i>	El hombre de cristal _____ 38 <i>M^a Ángeles Dominguez Suay</i>
Viaje a Alicante _____ 22 <i>M^a Isabel Cabanes Martínez</i>	Mágica Noche _____ 40 <i>M^a Ángeles Baydal López</i>
Vivencias de Alicante _____ 24 <i>Concepción García Yuste</i>	La voz del castillo _____ 42 <i>Raquel Zaragoza Durá</i>
Un nido de plata y oro en el Raval _____ 26 <i>Ana Medina Martínez</i>	Mi pequeño gran homenaje _____ 44 <i>Librada Fraile Rufo</i>
Les meues aules _____ 28 <i>Libertad Baeza Maciá</i>	

M^a Francisca Márquez Ayuso

VESTIDA PARA EL RECUERDO



Entre luces y sombras va la vida. Culturas se entrecruzan en esta profesión que es solo mía, como mía es el alma que reza ante esta capilla, hoy biblioteca...

¡Heme aquí de nuevo! Hay algo muy especial en este museo, que me llama una y otra vez...

Como siempre, me adentro en sus sugestivos rincones dispuesta a descubrir fascinantes mundos de culturas propias y ajenas, lejanas en el tiempo. Pero... cada vez que traspaso la verja, cada vez que piso el elegante zaguán de este MARQ, orgullo de Alicante, mi alma se viste para el recuerdo de aquella primera visita que se cuelga obstinada en la memoria. Entonces aún era hospital, un hospital lleno de luces y de sombras...

“Acabo de aterrizar en la ciudad, soy maestra y he optado a plaza en un colegio del distrito de Los Ángeles. Allí conozco a Saray, mi gitanona. En cuanto la veo en el patio, rodeada de sus vecinos de “El Montoto”, un barrio de viviendas sociales ocupado casi en su totalidad por familias de etnia gitana, ruego en mi interior que no esté en mi clase. Debe contar diez u once años, pero es grande, tremenda. Se la ve poderosa, se nota que es ella la que “corta el bacalao”; no solo por su tamaño, no; la mirada penetrante y decidida, el gesto autoritario y, sobre todo, la actitud sumisa y confiada de sus compañeros, lo delata. Tiene todas las trazas de ser “de aúpa”. Me gustan los gitanos. A pesar de su mala prensa (merecida a veces, inmerecida las más), me atraen su manera de entender la vida, su espontaneidad; me fascinan su alegría, sus costumbres y ese sentido que tienen tan arraigado de tribu. Pero Saray... debe ser mucha Saray.

Me asignan fila y allí está ella, mirándome retadora. “Madre mía, me ha tocado la gorda, y nunca mejor dicho”—pienso un tanto preocupada. Al pasar por mi lado camino del aula, me guiña un ojo y, con sonrisa pícaro, me dice:

—Ya estás pensando que te ha tocado la gorda, ¿eh, señoooo?

Es el primer encuentro y ya me deja sin palabras... ¡Vaya intuición la suya! ¿Qué vendrá después?”

Hoy queremos conocer el mundo Vikingo. Un amable guía nos acompaña. ¡Con razón eran los gigantes del mar! Los terribles e inteligentes guerreros del norte, sin distinción de géneros.

“Son como aquella Saray inteligente, temible a veces, conflictiva, sí, pero espontánea, protectora de quienes consideraba merecedores de su protección, fueran gitanos o payos. ¡En cuantos aprietos me ponía ante mis compañeros su particular sentido de la justicia! ¡Qué magnífica guerrera vikinga hubiera sido!”

Pasillo a pasillo, nos siguen desgranando los logros de este formidable pueblo y, en medio de la sala en semipenumbra, destaca, estratégicamente iluminada, la gran estela rúnica, llena de simbolismo y colorido... Pero mi mente retrocede de nuevo...

“Hoy nos ha sorprendido a todos con un vestido multicolor que deja sus piernas al aire. —¡Saray! ¿Qué te pasa en las piernas?—Se le ven deformadas por numerosos bultos y llamativas manchas cárdenas. Debe ser por eso que siempre lleva pantalones. Menos hoy.

—Nada, las tengo así desde hace mucho. Si alguno de estos —y señala con la mirada y el gesto al resto de la clase— se ríe de mis piernas, ¡se la carga!

—¡Ya se guardarán..!, pero dime qué te pasa.

—Es púrpura. Me las van a operar en cuanto me toque. No sé si las piernas o la barriga.

—¡Vaya! Todo irá bien, ya verás. Cuando te operen, si quieres, iré a verte.

Me sonrío. Le gusta la idea, lo noto en sus ojos y en su sonrisa”.

No hay empresa con la que no se atrevan estos vikingos. Conquistan mares y ciudades. Llegan con sus magníficas naves incluso hasta nuestra Orihuela. Sus provocaciones y desafíos tienen a medio mundo en vilo. No hay reto que les asuste ni empresa que se les resista...De nuevo mi mente se desvía...

—Seño, me ingresan mañana para la operación. Por lo menos en un mes, no vuelvo a clase.

—¿Si? Bueno, no te preocupes de nada, solo de ponerte bien. Ya habrá tiempo de recuperar.

Debo reconocer que, para sus compañeros y para mí, su ausencia será una especie de respiro temporal. A ellos los mantiene a raya sin miramientos, y a mí en tensión por la continua vigilancia. A media mañana se me acerca y, con su característica sonrisa pícaro, me suelta:

—¡Qué contenta te has puesto, eh, seño? Pues te fastidias, que es mentira. No me ingresan todavía.

Provocadora, desafiante... Cuando le pregunto algo de cualquier materia, siempre responde lo mismo: “¡Y yo qué sé!”. Pero sigo mirándola muy seria y, al momento, me da la respuesta correcta. Entonces se le ríen sus hermosos ojos, y los míos se lo agradecen. Es nuestro lenguaje sin palabras”.

El recorrido nos lleva ante la ligera y hermosa embarcación vikinga. El guía está hablando de sus características, pero yo oigo y no escucho, miro y no veo. Aquí estuvo ella, sin barco ni vitrinas, sin fotografías ni vídeos. Solo una gran sala llena de camas y de luz, mucha luz...

“Al fin la ingresan en los primeros días de primavera en el Hospital de San Juan de Dios. Un hospital con casi sesenta años, viejo y obsoleto, pero desde luego hermoso. Me gusta su suelo arlequinado de baldosas blancas y negras (como los claroscuros de una vida), la luminosidad que proporcionan sus grandes ventanales, la belleza de sus cabeceras semicirculares...”

La sala se ha llenado de gente. Un numeroso grupo de turistas ha invadido el espacio, ávidos de ver, de conocer, de admirar. En el ambiente flotan comentarios, exclamaciones, murmullos...

“Es la hora de la visita cuando voy a verla. La gente va y viene por todos lados, abarrota los pasillos y las estancias llenando el aire de olores, de sonidos. Entro en la sala y la busco. Me sorprende que, conociendo las costumbres de los gitanos con sus enfermos, junto a la cama de Saray solo estén sus padres y dos de sus hermanas mayores. Le han procurado cierta intimidad con dos biombos. ¡Qué raro! Pero más raro es verla tan pálida, tan triste; la miro a los ojos y leo miedo en ellos. La saludo, le hablo y apenas me sonrío. Con voz inaudible intenta darme las gracias por los bombones que le llevo junto con las cariñosas cartas de sus compañeros. La congoja de pronto me oprime la garganta. ¡Qué cansada está! Apenas puedo mirarla. Me despido enseguida. Le doy un beso y le acaricio la cabeza.

—Está muy mal, señorita —me dice su madre cuando me acompaña a la salida de la sala— No pueden cortarles las hemorragias y no creen que se recupere. Le tiembla la voz y las lágrimas se le desbordan. La abrazo, no sé si para consolarla o consolarme. Y allí se queda con el alma rota, y yo me alejo con la mía desolada. Mi Saray, mi poderosa, decidida e inteligente Saray, yace en una triste cama de hospital. No volverá a ver las primaveras alicantinas”.

Me separo del grupo, quiero volver a ver la biblioteca. Antes era capilla, una hermosísima capilla. Estuve aquí, aquí mismo, aquella tarde. “Por favor, Señor, por favor”. La preciosa lámpara cuajada de lágrimas de cristal, es un símbolo de las verdades entre estas paredes. ¡Cuántas súplicas enredadas en sus brazos, en busca de un consuelo que raras veces llega...! “¡Por favor, Señor, por favor!”

Mayo 2017. De nuevo en el MARQ. Hoy con los alumnos del que será mi último curso.

—¿Sabéis que este edificio era antes un hospital? —les comento— Su piso era blanco y negro, y tenía ventanales que le daban mucha luz...

—¡Otra vez con lo mismo, eh, señooo?

Mis ojos se arrasan. Es la voz de Saray. Sólo resuena en mi alma vestida para el recuerdo.

M^aLuisa Campos Llobel

CRUCES DE MAYO



25 días tenía Mayo. Cepillado el pelo, unos ojos mar se van a la compra, De pronto el estruendo. Se aferró a su vientre, y mayo quedó sembrado de cruces en el corazón alicantino.

Veinticinco días tenía mayo. La primavera se dejaba sentir en todo su esplendor y los vendedores del mercado habían preparado el mejor género para sus puestos, porque era viernes y tocaba hacer la compra.

Tras dejar la casa lista, la calle escobada y los geranios regados, Úrsula cogió su cesta. Comprobó el monedero y ajustó el escaso presupuesto a la lista que había hecho para que, al menos lo necesario, volviera con ella.

Se colocó ante el espejo cepillando su pelo castaño, y este le devolvió una preciosa y limpia mirada en tonos verde mar. Con sonrisa inocente se acarició el vientre. El que iba a ser su primer hijo, saltaba dentro como pidiendo ya la excursión inocente de la mañana.

Mientras se daba los últimos retoques, pensó que, cuando pudiera conocerla, a él también le iba a gustar su ciudad, Alicante; su barrio de la Tabacalera-San Antón, y su calle “sinsa” (sin salida) de Manuel Olalde. Nacería en un hogar humilde, sí, pero limpio, en el que la falta de dinero se suplía siempre con cariño.

Entre esos y otros pensamientos, la alta y esbelta figura caminaba con peculiares pasos de embarazada hacia el mercado municipal. La mañana se había desperezado por completo cuando llegó allí. Primero, una vueltecita para ver el género y, sobre todo, los precios; después, saludos habituales a los muchos conocidos y alguna pequeña charradita con los más cercanos; por último, elegir bien todo aquello que contenía su lista mental. Y, ya, de regreso.

Pero, de pronto, sonaron las sirenas “dichosa guerra”, se dijo. Nunca había entendido ese odio entre los seres humanos que los llevaba a matarse entre ellos...

No le dio tiempo de pensar más; un ruido ensordecedor lo envolvió todo y el caos se apoderó del mercado y sus alrededores. La gente corría y gritaba mientras los aviones lanzaban bombas que destruían por un igual personas y edificios.

Sin saber qué hacer, Úrsula soltó el cesto, se aferró a su vientre y, a duras penas, logró meterse debajo de uno de los puestos de fruta, llorando y suplicando a partes iguales.

Pasaron minutos, que a ella le parecieron siglos, hasta que consideró que ya se podía salir. El polvo, la destrucción y las personas mutiladas, lo cubrían todo. Con una angustia incalculable consiguió llegar a casa en medio del espantoso paisaje. Su marido, ante la tardanza, esperaba angustiado. Se dieron un abrazo que lo decía todo.

Entre las lágrimas se hizo el silencio. En el barrio se hizo el silencio. Sobre los vecinos se hizo el silencio. ¡En su propio vientre se hizo el silencio!

La despedida de aquel que hubiera sido su primer hijo, fue la mayor guerra que una pareja joven podía vivir. Su dolor se unió al de tantas otras familias, más de trescientas, que habían perdido a sus seres queridos en aquel cruel bombardeo. Cada mirada sin luz denotaba el desaliento y la desesperación. Cada rincón, el testimonio de la sinrazón y la barbarie.

Y mayo quedó sembrado de cruces en el corazón alicantino. Solo el tiempo ayudó en la rehabilitación de almas y edificios, pero las cicatrices, aunque curen, dejan siempre profundas huellas que hay que cuidar con esmero...

“La vida creó nuevas vidas. Mis padres tuvieron tres hijas que mitigaron en parte aquella tremenda pérdida.

Hoy, casi ochenta años después, la primavera se presenta de nuevo iluminando la ciudad y el recuerdo pero, cada veinticinco de mayo, vuelvo a ese mercado y me paro ante los puestos de fruta, agradeciéndoles el impagable cobijo que salvó la vida de un ser bueno (ya en el cielo).

Y rezo para que nunca más se produzca un hecho tan horrible como aquel que nos salpicó a todos. Ni aquí, ni en ningún lugar del mundo”.

Germana Roche Fayos

CIGARRERAS



El humo del tabaco puede envolver los sueños. ¡Un trabajo para toda la vida en la tacita de plata de Alicante! La Santa Faz hizo el milagro ante el incendio. Todo no se quema.

Cuentan las crónicas de Alicante, que en los extramuros de la ciudad, concretamente en el barrio de San Antón, se estableció, en el año 1801 la Fábrica de Tabacos, llegando a superar con el paso del tiempo los 5000 trabajadores. En 1999, de la fusión de la española Tabacalera y la francesa Seita, nació Altadis, inaugurando la factoría de Alicante en 2002, viéndose obligada a cerrarla definitivamente en diciembre de 2009. Solo quedaban entonces 338 trabajadores.

Y sin proponérmelo, durante muchos años, fui parte de aquellas cigarreras...

Eran principios de 1970. Por aquel entonces, yo trabajaba en el estudio fotográfico de los hermanos Arjones; Perfecto (Cholas para los amigos), y Manel. Pero, un día, mis padres me dieron la gran noticia: gracias a la intervención de un hermano de mi madre que era vigilante nocturno de la Fábrica de Tabacos, yo, reuniendo los requisitos solicitados (ser familia de un trabajador y tener entre dieciocho y veinte años), había conseguido un puesto como operaria. Al comentármelo me negué en rotundo, pero pronto obedecí tras oír los argumentos de mi padre: “Es la tacita de plata de Alicante. Es un empleo para toda la vida”.

Así fue como un cálido día del mes de mayo, terminado el obligatorio Servicio Social, y previo reconocimiento médico, comencé mi andadura en la Fábrica de Tabacos.

Existían dos turnos: de seis a catorce horas, y de catorce a veintidós, de lunes a sábado. En aquella ocasión entramos quince operarias, entre ellas Yolanda, que inmediatamente se convirtió en mi mejor amiga y sigue siéndolo. Aparte de Alicante, llegaron a mi turno jóvenes de Muchamiel, San Juan, y Santa Faz. Todas las novatas coincidimos en la portería de mujeres, ataviadas con el babi azul obligatorio con el anagrama de Tabacalera en el bolsillo superior y el preceptivo gorro en la mano. Ese era el lugar de entrada y salida a los talleres y lo que más me llamó la atención fue un cuadro del incendio de la fábrica con la ciudad al fondo, y un gran lienzo de la Santa Faz flotando en el aire, llevado por unos ángeles. Al entrar, cada cigarrera, sin dejar de hablar, se santiguaba ante su presencia. Debajo del cuadro se encontraban las maestras y la Primera Maestra Portera (la Maestra Pepa). Detenidamente nos observó una por una, comprobando que el gorro estuviera bien ajustado al cabello y el largo del babi. En cuanto alguna atrevida lo llevaba por encima de la rodilla, solucionaba el problema deshaciendo el dobladillo a tijeretazos. Sin perder el gesto ceñudo mientras hablaba, nos advirtió de que nunca se echaba a nadie a la calle, el único motivo de despido, era sacar tabaco (de ahí los cacheos cada día al salir por la portería), o pegarse con alguien. Nos entregaron una chapa de identificación individual, y presas de un gran nerviosismo nos dirigimos rápidamente hacia el taller asignado. Cada uno de ellos tenía su encargado, su capataza y su maestra, y fue ésta última la que nos acompañó hasta el nuestro: “El Desvenado”. Antes de llegar a él

atrasamos la galería del patio, dejando tras nosotras, el “Liado”. Allí era donde la hebra se dejaba envolver por el fino papel blanco y, tras un minucioso proceso de elaboración nacían los preciados cigarrillos. También cruzamos “Las Alemanas”, (supuse que debía su nombre al origen de la maquinaria donde se envasaban las labores). A su alrededor, en un interminable carrusel, desfilaban las bateas llenas de dichos cigarrillos. Más adelante conocí “El Dubrull”, donde las señoras mayores hacían manualmente los puritos.

La maestra nos indicó que debíamos desmenuzar y echar los fardos de tabaco, previamente humedecidos en grandes cámaras, a una cinta transportadora que, al juntarse con otras labores formaban la mezcla deseada. Según la elaboración tenían un nombre distinto: Brasil, Colombia... Nunca supe si era su nombre verdadero, o se lo habían adjudicado por su lugar de origen, pero eso no nos preocupaba. Se picaban alrededor de cuatro mil kilos en cada turno, y a nosotras nos tocaba tirar un fardo, aproximadamente cada treinta minutos.

En esa época se fabricaban los “Ideales”, los “Celtas sin boquilla”, y los puros “Farias”, tan famosos por ser de Alicante. Aquella primera tarde, también nos tocó “Valle”. Sentadas en círculo, la maestra entregó una navajita a cada una y una gruesa lona para ponernos encima de las rodillas. En el centro del corro, echaron unos fardos de tabaco de grandes hojas marrones y, las veteranas con experiencia, nos enseñaron a cortar la estrecha fibra vegetal que ataba los manotillos y a depositar las hojas en unas cestas colocadas a nuestro lado, mientras empezaban a recordar canciones de Antonio Machin. Poco después cobré mi primer sueldo: si no recuerdo mal, cerca de mil quinientas pesetas y tres cartones de tabaco. Con las pagas extras de Navidad y junio, doble ración de tabaco y una caja de puros Farias. Vales del economato, Seguridad Social y seguro médico privado. ¡Realmente era un buen empleo!

Averigüé en la historia de Alicante que, el 20 de mayo de 1844, un pavoroso incendio destruyó la fábrica, mientras las cigarreras elevaban sus plegarias al cielo, (en especial a la Santísima Faz), rogándole con suma fe. Consiguieron salir ilesas y, aunque fallecieron dos mozos, esa desgracia no restó importancia al milagro.

A partir de entonces, cada año por esa fecha, se celebraba una gran fiesta en memoria del extraordinario hecho. En los talleres se hacían altares a la Santa Faz y ese día estaba permitido vestir de calle. Era agradable ver a todas las compañeras con mini faldas o pantalones de campana. Después de la visita a la factoría por parte del Ingeniero Jefe y demás mandos, tenía lugar una misa en el patio central, almuerzos en mesas dispuestas para la ocasión, y baile popular. Pero lo mejor era el compañerismo y la alegría que nos inundaba a todos.

Con el tiempo hice unas oposiciones para administrativa y conseguí un puesto en las oficinas. Y allí, tras treinta nueve años me jubilé, pero aún hoy recuerdo las palabras de mi padre: “Es para toda la vida. Es la tacita de plata de Alicante”. ¡Vaya si lo fue!

M^a Angeles Soriano Caturla

LA REBOTICA

En el recuerdo los muertos viven con nosotros, igual que lo hicieron en vida.

Lo terrible para una niña es bello; los pueblos importantes; las tertulias fórmulas acertadas.

¡Mi vida pasó tan rápida! con sus penas y sus alegrías, sus pinceladas de negrura y de luz que hoy, trato de relativizar los pequeños o graves problemas que puedan surgir en el día a día. ¡Ya es suficiente con preocuparse de las cosas graves y dolorosas de las que nadie se libra! En momentos de descanso, soy dichosa rememorando anécdotas entrañables o situaciones vividas con aquellos que “ya se fueron”, a quienes tanto quisimos y de quienes tanto amor recibimos. Vuelven entonces a mí, aquellos años de postguerra. Tiempos terribles para nuestro país pero que para mí, fueron tan llenos de recuerdos dulces y bellos, gracias a la protección y amor de mis padres que, así, me ofrecieron una luminosa infancia.

Nací en La Romana, pueblecito de la provincia de Alicante que contaba unos dos mil habitantes. En él, teníamos todos los comercios y servicios necesarios. También existía un colegio, con tres maestros. De toda esa vida pueblerina, los recuerdos más entrañables y que, aquí, me gustaría destacar, son los de la “Farmacia” ubicada en la calle principal del pueblo e instalada en una casa vieja y algo destartalada. Además de ser despacho de medicamentos, era también la vivienda del boticario y de su familia. Carecía de toda comodidad, como tantas otras del pueblo. Se cocinaba encendiendo carbón o sarmientos. El agua la traíamos de la única fuente que existía en el pueblo. El retrete se hallaba al fondo del patio y todas las aguas residuales iban al sumidero del edificio pues no existía alcantarillado. No teníamos teléfono particular. Solo existía una centralita para todos. Nos calentábamos en los gélidos inviernos, con un brasero de cisco que, bajo la mesa camilla, templaba la habitación. Muy de vez en cuando, se alumbraba la chimenea con leña pero ese fuego no bastaba para calentar la casa. El farmacéutico estaba casado con una concertista de piano y de ese matrimonio, nació mi hermano José Ramón y yo. Como cría curiosa que era, siempre andaba detrás y delante de mi padre. Me encantaba observarlo trabajar. Por la mañana, se dedicaba a realizar las fórmulas que el doctor recetaba. Encerrado en su pequeño laboratorio, preparaba jarabes. Mezclaba distintos polvos o sustancias que, luego, envolvía en pequeños sobres para entregar a los enfermos; fabricaba las famosas píldoras de la O, muy eficaces para el estreñimiento sin olvidar linimentos para los dolores musculares, y tantos otros mejunjes...

Bueno, hasta aquí parece que la farmacia y el farmacéutico no hacían más que cumplir con su misión. ¡Pero, la susodicha farmacia tenía una “misión” más y muy distinta!... Al finalizar, el día se transformaba en salón de tertulias, ¡nada menos!... Volviendo de la escuela, me daba mucha prisa para acabar con todas las tareas exigidas por mi madre y estar lista para lo que más ansiaba: la llegada de los amigos de mi padre al anochecer.

Conocían tan bien el lugar que pasaban directamente a la rebotica, salita que estaba al lado del mostrador porque, así, mi padre podía estar con ellos sin desatender a sus clientes. Una vez instalados, empezaban “deliciosas” y animadísimas conversaciones. A estos señores, yo les consideraba como a los más prestigiosos del pueblo y me sentía orgullosa de que nos visitaran. Solían venir: el sacerdote, Don José, de edad avanzada, enjuto y siempre algo agitado; el maestro de los chicos, Don Ricardo; seguidos éstos del médico, del secretario y del alcalde. Acudía también, Manuel, un albañil que era muy conocido y estimado por todos por ser una persona con una muy peculiar filosofía de la vida. Enseguida, se destapaba una botella de vino que los tertulianos iban repartiéndose. Yo me sentaba en un rincón jugando con mi muñeca, calladita y siempre atenta escuchando a esos señores tan “inteligentes” aunque yo no entendiera casi nada de todos los temas que abordaban. Percibía que, poco a poco, iban alzando la voz y la conversación subiendo de tono. Yo temía que terminaran a puñetazos y a la vez, eso era lo que más me divertía. Por lo visto, sus cóleras procedían de las distintas ideologías, tanto políticas, religiosas o sociales de los unos y de los otros. El secretario y el médico eran ateos y muy críticos con la dictadura, posición que irritaba en particular al cura. ¡Otros temas levantaban mucha polémica: el estado catastrófico y desolador en que había quedado el país al acabar la guerra, la miseria y los miles y miles de muertos y deportados que dejaban una nación mutilada y en doloroso luto; la situación de las mujeres que pretendían conquistar derechos equivalentes a los que disfrutaban los hombres. En aquellos tiempos, bien es sabido que ellas no disponían de libertad, ni se tenían mucho en cuenta sus necesidades financieras, sus ansias de cultura de educación y de emancipación. ¡No tenían derecho a voto en el sentido propio como en el sentido figurado! Pues su “misión sagrada” era el matrimonio, las tareas del hogar y la crianza de sus hijos. El cura y el maestro se sentían ofendidos por esos argumentos tan liberales que aumentaban particularmente la contrariedad de Don José. Su tez cambiaba de color y pasaba al púrpura; se alteraba tanto que se levantaba de su silla, se ponía su capa y alzando la voz más aún, se despedía, amenazando no volver nunca más. Ya no se intercambiaban más que palabras ensordecedoras. Este era el momento en que Manuel, con su calma y sus sabios razonamientos conseguía devolver la cordura a los exaltados participantes. También, le ayudaba en esa tarea pacificadora, mi madre que, ¡a punto!, llegaba con un espeso y caliente chocolate recién preparado por ella, acompañado de algunas galletas o de algunos trozos de “toña.” En cuanto a mi padre, aprovechaba para enchufar la radio y contribuir a que se callaran todos para escuchar las últimas noticias a pesar de las constantes interferencias y la mala calidad de la recepción. Así acababan las sonoras discrepancias, sin que hubiese llegado la sangre al río. Volvía la paz y se despedían todos con cariñosos abrazos, sabiendo que se reunirían a la tarde siguiente porque ese rato era el momento cumbre del día y el cimiento de la entrañable amistad que les unía.

Evelyne Navarro Pérez

¿DE DONDE ERES?... ¿PUES ÉSO... DE DONDE SOY?

Ciudadanos del mundo somos todos. La tierra es grande, y entre copa y copa, lo enseñó mi padre. Las monjitas cuidaron con manos de ángel, y las guerras y los odios no pudieron vencer.

A menudo, se me pregunta: “¿Pero, de donde eres? Dices que eres francesa y ¿Cómo es eso que hablas Español con fluidez y apenas acento?” Y ante estas preguntas, suelo contestar con cierta sonrisa pícara: “Soy ciudadana del mundo.”

De Novelda, pueblo alicantino, es mi padre, Francisco, nacido en 1914 en el muy céntrico “Carrer de la Font”. Sexto hijo de siete. Constituyen padres e hijos, una muy humilde familia que vive gracias a unas cabras que cuida mi abuelo Luis. Por desgracia, fallece a los 40 años de una pulmonía, dejando a María, su mujer, viuda con seis chiquillos al morírsele además una hijita. Transcurren unos años terribles en los que a mi abuela, no le toca más que trabajar sin descanso para alimentar tantas boquitas. El hijo mayor se ocupa del tropel y jovencito aún, se casa, llevándose el principal recurso económico de la familia: el rebaño. Los demás hermanos trabajan con más ahínco aún sin jamás sentarse ninguno de ellos, en una clase para aprender a escribir ni a leer. Francisco, a los siete años, sigue el ejemplo de los mayores, orgulloso de traer algunas pesetillas a su madre: trabaja en una fábrica de escobas de esparto, limpiando las cañas que van a servir de mango. ¡Casi siempre, llega a casa con las manos ensangrentadas de tanto frotar los juncos!

Adolescente ya, a Francisco le contratan de camarero en el “Casino” y a sus diecisiete años, le nombran principal camarero de una de las cafeterías más conocidas de Novelda. Al llegar por la mañana, una de sus primeras faenas es la de poner en marcha la cafetera “Exprés” para servir los cafés. Las máquinas no funcionaban como hoy en día, enchufando el aparato y apretando un botón sino encendiendo un alcohol especial. Un día de tantos, preparando la cafetera como de costumbre, apunta el destino: ¡la máquina estalla! provocándole quemaduras en tercer grado en la cara y el cuello. Consigue a malas penas protegerse los ojos con sus manos y salvar así la vista. Lo ingresan en el asilo-hospital del pueblo y durante numerosas semanas, se halla entre la vida y la muerte. Sin embargo, gracias a los talentosos, expertos y cariñosos pero no menos dolorosísimos cuidados de las monjitas acaban por cicatrizar sus heridas.

Tiene la suerte de salvar su joven vida pero queda desfigurado y convencido de que nadie le volverá a dar trabajo en el pueblo ni que ninguna mujer le querrá. Estamos en 1931. Decide emigrar a Argelia, departamento francés con el mismo estatuto que todos los demás departamentos de Francia. Argelia no constituye ninguna colonia como tantos otros territorios africanos ni protectorado como Marruecos o Túnez. Francisco convence a su madre y a cuatro de sus hermanos y con sus escasas y pobres pertenencias, cogen el primer barco disponible y desembarcan en Orán.

Mi padre es uno de esos hombres de voluntad férrea y con particular capacidad creadora y emprendedora. Apenas llegado a Orán en donde a nadie le importa si tiene la cara quemada o no, se busca varios trabajillos y se convierte en panadero para acabar, siendo varios años después, director propietario de una fábrica de bizcochos y galletas con setenta empleados. Entre tanto, una de sus hermanas, mi tía Carmen, se hace amiga de una tal María, nacida, ella, en Alicante capital, emigrada también a Orán. Al poco, Carmen presenta Francisco, a su amiga y enseguida, él se enamora de esa morena “bellea” venida de la “Terreta”. Ella, por más que él la ronde, tiene muchas dudas... ¡Con lo feo que es!... Un día, confiesa a su madre, mi abuela Concha: — “Mamà, estic molt confusa. Tinc dos pretendents. Un xic molt rebonic, iugoslau, pel-roig, uns ulls verds preciosos. I un altre, baixet, primet, amb una cara i un coll deformats ¡per tremendes cremades! Però, té uns ulls castanys especials i, saps, Mamà, parla Valencià i almenys, l’entenc”. ¡Bueno! con tales sabios y ya enamorados razonamientos, acaban por casarse y crear una familia maravillosa de cuatro hijos. Ese matrimonio duró cincuenta y ocho años y solo, se “rompió” en 1995 al fallecer mi madre.

Vuelvo un instante a Orán, esa ciudad que acogió a mi familia. Su más antiguo barrio se llamaba La Marina y, como en Alicante, la ciudad está dominada por un castillo-santuario construido a finales del siglo XVI por los españoles y que sigue llevando, por nombre: Santa Cruz. De los largos años vividos allí, no les detallaré la felicidad ni las aventuras acontecidas ni tampoco, los dramas que sufrimos al estallar la guerra en 1954. Solo precisaré que al ir mejorando la situación económica familiar y a la suplica de mi madre, Francisco consulta en París, a un cirujano de reconstrucción facial que le opera tres veces y le devuelve al fin, una apariencia casi normal.

Españoles de Alicante, vivimos en Argelia durante treinta y dos años. Mi familia adquirió la nacionalidad francesa y yo nací ya de padres “franceses”. ¿Y en qué acabó todo? En una atroz y muy violenta guerra de Independencia, manchando de odio, sangre y muertos esa entrañable tierra argelina, lugar largo tiempo, de convivencia pacífica entre tantos pueblos y religiones. Cogimos de nuevo un barco, de regreso a la “Terreta” en la que yo, en particular, viví durante once años, estudié, trabajé y por numerosas razones, decidí marchar para instalarme en las afueras de París donde residí siete años. Después de casarme y de nacer mi hija Cécile, en 1981, mi marido nacido cerca de Grenoble, quiso volver a su tierra del Isère en donde nació a su vez mi hijo, Olivier. Etapa de treinta y cuatro años hasta que me jubilé y, separada desde hace muchos años, decidí volver en 2015, a la tierra de mis raíces, impregnada, sin embargo, por mi trayectoria de vida en Francia, por la educación y cultura recibidas en los bancos de las escuelas republicanas que graban en sus frontones, al lado de la bandera tricolor, su lema: “Libertad, Igualdad, Fraternidad”. ¿De dónde soy? ¿Lo saben ustedes después de este relato? ¡De verdad, que aún no lo tengo muy claro! ¡Seré una mezcla de...!

Dolores García Frases

LA CORFA DEL PÁ

Los recuerdos de la infancia no tienen frontera; igual escalan riscos, que descienden al valle para contemplar los huertos, o la arena, o ese sol que brilla en las mañanas sobre un mar adolescente.

Per a poder contar-vos alló que ens va passar a la meua germaneta i a mí, he de fer una curta descripció del lloc on va transcorrer.

Jo nasquí en un poble xicotet al peu d'Aitana, la Penya del Castellet "Benifato", en el Vall de Guadalest, província d'Alacant. La situació orientada al llevant, mirant al mar, va favorir a que es disfrute d'un clima benigne encara que en hivern els pics d'aquestes serres es blanquegen de neu i moltes vegades els pobles també. És comprensiu que el terme municipal planet no és i que l'esforç per treballar i anar als llocs a faenar era considerable.

Aquestes parcel·les minifundistas es treballaven fins l'últim racó de terra que s'heretava de pares a fills. Per els camins costeruts i pedregosos, els muls eren l'únic mitjà de transport i ajuda per remoure la terra, la sembra, carregar les collites a casa, batre els cereals, etc... En terra de secà plantada d'oliveres, ametlers i fruitals -un any si i un altre no- se sembraven els cereals suficients per mantindre la família i animals que contribuïen a la faena i subsistència. Les parcel·les amb dret d'aigua, els dedicaven a les hortalisses i llegums. Els sobrants en època de producció s'elaboraven en conserva i es guardaven per a l'hivern.

És veritat que l'aigua no ha faltat mai. Els naixements de Partegat, Els Xorrets, Beniallet, Terel·la, Font de l'Arbre i altres de menys cabdal oferixen a tots els que vulguen visitar aquest terme poder disfrutar d'aigua fresca i pura. Els barrancs de la Favara i Covatelles drenen l'aigua sobrant al riu Guadalest.

L'història de este poble amb els que conformen el Vall, està relacionada amb els moriscos a on s'asentaren nucleos fins foren expulsats en 1600 (segons els llibres de Història). En la Penya del Castellet queden restes d'una murada i sent io menuda recorde que s'encontraren restos humans.

En dies qu'el sol llueix en tot el seu esplendor, d'aquesta penya es veu la Costa d'Altea i també algú vaixell que en eixe moment navega fins el seu destí. La vall verdea abraçada per la Serra de Bèrnia, l'Aitana y la Serrella. En esta última, creix molt d'espart i alguns homens els segaven i en manolls remullats dins del "llavaor" i matxucats servien per a fer verdaderes obres d'art: cordells, maromes, cabaçets per arreplegar les collites, colli-torets, esportins per a l'almássera, espartenyas, sarrons, etc...

Després de la guerra civil, es construí el pantà de Guadalest i poc temps despues, la Senyora de Franco visità aquest poble i posà de moda Benidorm. El turisme va produir un canvi i progres que culminà amb l'entrada d'Espanya en la Comunitat Europea.

L'agricultura queda poc a poc abandoná. La millora de les comunicacions i maquinaria

no impeditx la migració en aquestos pobles de montanya. El paisatge seguix sent meravellós i aquesta zona de montanya en la Marina Baixa no deixa de ser un lloc per a visitar y disfrutar d'un bon arrós caldoset de fesols i penques i d'altres menjars que els nostres pares feien.

Aspirar l'aire pur, impregnat d'olors de pins, romer, timó i tantes altres plantes balsàmiques i amb la quietud del paratge, es disfruta de una pau que t'invita a la meditació sols interrompida pel bel d'una ovella o per l'eco d'algú que ha pegat un cri. Y ara vos conte...

Xicoteta era jo, i amb la meu germaneta, al voltant del migdia, a l'eixida de l'escola, camí amunt, rialloses i contentes, anavem a portar el menjar als hòmens que treballaven arrancant la brossa al blat. En el camí, ens paràvem buscant les violetes, que a la vora de les séquies despuntaven. Algun teuladí espantant, alçava el vol i nosaltres, sorprengudes l'admiràvem.

—“¡Mira quina floreta més bonica! Pareix una violeta!” deia la meua germaneta.

—“¡No!”, jo li contestava. “Esta és groga. ¿Qué no ho veus? Són floretes que naixen també a la vorera de les sequies. In'hi ha de tots els coloretos. Pero no et pares i anem a pressa que els homes ens esperen i encara falta un poquet.”

Tenim la disculpa de tardar un poc més. ¡Era primavera! I vulgues o no, tot al voltant pareixia content també. Els capolls de les roses esclataven, l'aigua en la torrentera corria i en els remansos podiem calmar la set.

A la dreta, una merla xiulava i, a l'esquerra, una altra, benvinguda li donava. Es feia un curtet silenci... ¡i la niuada estava assegurada!...

Cansades, arribàvem amb el nostre “collitoret” que contenía l'arros caldoset.

—“¡Peró, xiquetes!” Ens va dir el nostre pare al traure el calderet. “¿I les culleres?... ¡Teniu un cabet!... Però no fa res...” continuá el nostre pare al voremos en els cares, llagrimons i petarells. “L'arros menjarem perquè amb la corfa del pá, culleres farem.”

De retorn, arribant a casa, la nostra mare una bona réplica ens digué, perquè les culleres havíem oblidat de ficar en el “collitoret”. “No te preocupes, mareta...” jo li digué. “Gràcies al pare i a la corfa del pá, de l'arroset no n'ha quedat ni un granet.”

M^a Isabel Cabanes Martínez

VIAJE A ALICANTE

La fantasía de los niños se desborda en un viaje. Juntos sol, familia, helados, cine de verano, peñones y montañas, que son los guardianes del mar de aguas transparentes. Polos de hielo para disfrutar de esos balnearios tan mojados...

El autobús Valencia-Alicante hace el recorrido en aproximadamente cuatro horas. Viene casi directo, sólo una parada de media hora en Benisa, donde merendamos y vamos al lavabo. Bajamos los cuatro, mi padre, mi madre, mi hermano y yo. Venimos cada año, así que yo, con nueve, ya conozco bien el camino.

Mis padres saludan a los camareros y piden una zarzaparrilla para tomar la merienda que mi madre nos ha preparado en sabrosos bocadillos, mientras nosotros elegimos unos tebeos. Como nos conocen de varios viajes, nos regalan unos caramelos y, de momento, los guardamos.

Todos estamos contentos. Repetimos el trayecto una o dos veces al año, cai siempre en verano y son nuestras mejores vacaciones, porque en Alicante nos llevan a la playa la mayoría de los días y estamos con mis abuelos que no se cansan de mimarnos. Es como si fuéramos a un país distinto, de los de las películas extranjeras donde nadie trabaja y los niños no van al “cole” sino que se pasan el día en la calle, yendo solos de aquí para allá. Así estamos nosotros en Alicante, todo el día en la calle, hasta por la noche, ya que nos dejan estar para tomar el fresco hasta bien tarde. Ahí jugamos a las prendas y nos reímos mucho, siempre hay alguien a quien hacemos bailar y contar algún chiste. Un vecino canta, pero se pone muy pesado y procuramos que sólo lo haga una vez, Yo, a veces, recito.

También vamos al cine, a uno de verano que tenemos cerca, nos llevan en grupo con un mayor que nos controla. Y llevamos cacahuetes y pipas, la merienda y el agua, todo en un paquete. Mis padres nos llevan sólo de vez en cuando, no les gustan todas las películas. Pero mi tía de Alicante, me lleva a mí muchas veces, porque le gustan “las de llorar” y así las ve todas. Yo casi siempre voy, porque hacen dos “pelis” y la otra no es “de llorar”.

Es muy bonito Alicante. Sólo el camino merece la pena. Pasas por El Mascarat, esa montaña tan negra desde la que puedes ver el Peñón de Ifach, el cual a esa altura parece un cuadro, una pintura de colores claros y brillos de luz que el Sol derrama sobre mar y montañas. Una vez fuimos allí de excursión y nos bañamos en un agua más limpia que la lluvia (que debe ser lo más limpio que existe, ya que viene del cielo).

Bueno, el agua también está limpia en Alicante, muy limpia. El Postiguet es una buena playa y es allí dónde nos llevan por la mañana o por la tarde. Vamos a pie, pasamos por la puerta del Hospital, un edificio grande con un bonito jardín, que más bien parece un palacio; aunque está un poco ajado, como todas las fincas antiguas de muchas ciudades. Bueno, de muchas, de Valencia y Alicante que son las que yo conozco. Seguimos por el Raval-Roig, antes un barrio de pescadores y ahora mitad y mitad porque el Turismo está empezando a quitarle el sitio. Y nos compramos un polo de hielo; resulta barato y nos aleja el calor. Hay otras playas alrededor, San Juan y La Albufereta creo, pero no va

nadie. Son playas absolutamente vacías, hay que ir con coche y no hay autobuses. Además están lejos. Al Postiguet llegamos enseguida.

Venimos para las Hogueras, una fiesta como la de Valencia, dónde plantan fallas de cartón que luego se queman. Pero aquí las llaman Hogueras. Las de Valencia son más grandes, pero nosotros nos divertimos más en Alicante. La calle donde viven mis abuelos la adornan, y son los vecinos quienes confeccionan “banderitas” en todas las casas, que son tiras de papel con flecos de colores que luego se cuelgan a lo alto. Las puertas sí que las pintan artistas de los que hacen Fallas, y los vecinos venden Lotería para pagarlas. Después, dentro, hacen carreras de sacos, concurso de disfraces y para los chicos mayores, ponen un botijo colgado en medio de la calle, que han de romper con un gayato fuerte y los ojos vendados. A mí este año me van a vestir de valenciana, mi tía la de Valencia vendrá dentro de una semana y me peinará ¡A ver si me llevo el primer premio!

Mi hermano y yo nos hemos comido los caramelos que nos habían regalado en el bar, leyendo los cuatro tebeos comprados para el camino. Los de “Florita” y “Azucena” para mí y el “TBO” y “Pulgarcito” para él. Afortunadamente, a mi hermano no le gustan demasiado los “de guerra,” así leo yo los suyos aunque sean “de chico”. Mi hermano también lee los “de chica”, aunque luego lo niega.

Son las ocho de la tarde. Hemos salido a las cuatro y estamos entrando en la ciudad. Hoy es 10 de junio y el Sol luce espléndido sin que todavía las oscuras sombras de la noche ocupen su lugar. Desde lejos, reconocemos el Castillo y mi hermano y yo nos peleamos por ver la “Cara del moro”, a quien saludamos con entusiasmo, porque de pequeños nos dijeron una vez que el Moro del Castillo veía toda Alicante y desde allí cuidaba de la ciudad y sus habitantes. Yo ahora, creo que no es verdad, ni siquiera como leyenda; me han contado la verdadera, de la princesa y el moro, tan infortunados, pero como mi hermano es pequeño y la historia tan triste, no quiero disgustarlo y cada vez que pasamos cerca, seguimos con el saludo. Casi tropezamos con el tranvía, que llega hasta la playa desde todos los barrios, y divisamos al otro lado las paradas de crujientes “papas” metidas en cucuruchos de papel; y el quiosco de la horchata, tan dulce como la de Valencia; y nos entretenemos confeccionando un probable calendario para nuestras acostumbradas visitas..

El autobús deja atrás el Balneario de madera, tan viejo y tan mojado, dónde te puedes cambiar la ropa de baño. Y pasa por el edificio de Aduanas que cierra la entrada al Puerto. El Club Náutico apenas lo vemos, el conductor va ahora rápido; a lo lejos se ve el Barco de Palma, que anuncia sonoramente su partida y nosotros competimos en ver quién respira más fuerte y se impregna de este sabor a mar tan próximo y penetrante que, junto a las palmeras en hilera a la derecha, nos indica que estamos en La Explanada y que ya hemos llegado a Alicante.

Concepción García yuste

VIVENCIAS DE ALICANTE

Del frío Burgos al cálido Mediterráneo. Los recuerdos viajan desde Melilla, para mezclarse con los que va bordando en el alma cada rincón de esta hermosa provincia: las fuentes del Algar, Benidorm, cabezos...

A mediados de un cálido agosto de 1973, llegué a Alicante, acompañada de mi esposo y nuestro hijo de veintidós meses. Después de una estancia de tres años, con sus crudos inviernos, en Burgos. (no me adaptaba al clima frío de aquellas tierras castellanas.)

Aquí encontré, una ciudad llena de luz y alegría, junto al calor que sus gentes me brindaban, semejante a mi bonita y entrañable Melilla, el lugar donde nací, y pasé veinticinco años de mi vida.

Con el transcurrir del tiempo, he ido conociendo más en profundidad, tanto Alicante como su provincia, admirando los bellos lugares que encierra. Cada rincón, monumento, pueblo o playa que he visitado, ha ido enamorándome cada día más.

No han sido pocas, las veces que he pasado con mi familia, un maravilloso día en las fuentes del Algar, donde hay una cascada muy alta, que vierte sus aguas a una "piscina" natural, que hace las delicias de cuantos la visitan. Al pasar por Villajoyosa, me encantó ver las fachadas multicolores de sus casitas, asomándose al que, tiempo atrás, sería un caudaloso río.

También he disfrutado en las playas de la cosmopolita Benidorm, visitada por una gran variedad de gentes venidas de todos los países del mundo, sin olvidar a los propios españoles. Cuando yo era joven, hasta a mi tierra llegaban los ecos de las canciones que concursaban en sus festivales anuales, y me hacían soñar que algún día lograría pasear por sus calles y bañarme en sus aguas. ¡Mi sueño se cumplió!

En Alicante, he vivido momentos inolvidables; la primera vez que pisé la playa de San Juan, recordé con nostalgia las de mi tierra, por su arena blanca, (allí, salpicada de conchas y caracolas) llevaba a mi pequeño de la mano paseando por la orilla, y el pobrecito tiraba de mí hacia la arena apartándome del agua con temor, ¡era mucha mar para unos ojos, que no habían visto nunca tal inmensidad! Con el tiempo, poco a poco se hizo amigo de ella y, las olas, al romperse, con su espuma blanca, le acariciaban suavemente como en un juego sus menudos pies.

Tres años después, nació mi segundo hijo, que, junto con su hermano, han llenado mi vida de alegría y felicidad. El tiempo transcurría e iban creciendo, y yo disfrutando con ellos de todo lo que Alicante nos ofrecía: plácidos paseos por nuestra emblemática Explanada; el puerto lleno de barcos, que parecen descansar después de haber surcado... ¡quien sabe que mares lejanos! A su lado la hermosa Postiguet a la que vamos con frecuencia. Desde allí, se divisa en lo alto de la ladera del monte Benacantil, la cara del moro, esculpida en la roca por arte de la naturaleza, vigilando impassible la ciudad.

Poco después, mis padres también vinieron a Alicante y, compraron una vivienda muy cerca a la mía, completando así mi dicha.

En 1987 se fundó la Casa de Melilla en Alicante; (una sociedad cultural donde he pasado muy buenos ratos con mis paisanos). Se creó el grupo de teatro “Rusadir”, con un buen elenco de actores dirigido por mis padres que, con la puesta en escena de divertidas comedias y sainetes, me han hecho reír y vivir momentos inolvidables. Un año después, en el mes de mayo, se celebraron diversos actos de hermanamiento entre las dos ciudades mediterráneas. En el club Montemar de la calle Padre Esplá, se celebró uno espectacular ¡de una brillantez extraordinaria!, que me hizo llorar de emoción al igual que a todos los asistentes. Vino de Melilla para tal evento, un grupo de ballet de las cuatro culturas existentes en la ciudad, un orfeón y una compañía de teatro con un repertorio de zarzuelas a cuál más excelente y dignas de recordar.

En Las fiestas de las Hogueras de San Juan, la primera vez que la Casa colaboró en el desfile de la provincia, junto a un numeroso grupo de paisanos, participé con mis hijos, -ya adolescentes- todos ataviados con trajes flamencos, con volantes y lunares las mujeres y los hombres de negro, con pañuelo y fajín rojo, los chiquillos igualmente vestidos, se disputaban con ilusión llevar el pendón y la bandera de Melilla que encabezaba nuestro grupo. Hicimos el recorrido bailando y cantando, lo pasé muy bien; ¡fue una noche maravillosa!, ¡llena de alegría y diversión! Después, en fechas posteriores he desfilado con el traje regional de Melilla, en la ofrenda de flores a la Virgen.

También se celebra, todos los años en primavera, el “Día del Alicantino de Adopción”. En el puerto se instalan casetas de todas las casas regionales que existen en Alicante, y ataviados con los trajes originales, ofrecen a los visitantes la degustación de platos típicos; Por la tarde hacen actuaciones musicales de su folklore. Allí he pasado muy buenos momentos.

Mis hijos se hicieron mayores, se casaron con unas chicas inmejorables y guapas, dándome tres nietos preciosos -dos niñas y un niño- que me llenan de orgullo y alegría.

Así día a día, año tras año, pasando la vida entre luces y sombras, he llegado a los setenta sintiéndome feliz e ilusionada. Formo parte de un grupo de castañuelas, también voy a hacer gimnasia...Este año me matriculé en las Aulas de tercera edad de Alicante, asisto al curso de Literatura, y gracias a la excelente profesora que me infunde ánimos para ello, he conseguido dar rienda suelta, a mi escondida afición por la escritura y paso unas horas de clase muy amenas y provechosas junto a mis compañeras.

En estas líneas, he intentado relatar mis vivencias en esta ciudad, ¡tan maravillosa, bonita y acogedora! que es, ¡Alicante! donde espero seguir disfrutando de sus playas, su luz, y el buen clima que se respira, ¡por muchos años más!

Ana Medina Martínez

UN NIDO DE PLATA Y ORO EN EL RAVAL

Tarde de mayo que huele a primavera. Nidos hechos. Extranjeros en tu propia tierra. Un barrio entrañable de corazones de oro. Una cabina donde llorar y escuchar las voces que se aman.

Retales de vida...

En esta tarde de mayo, que ya huele a primavera, me recuesto sobre un tiempo maduro para contemplar el nuevo horizonte de mi vida. Unas golondrinas revolotean junto a los tejados y no puedo dejar de compararme con ellas. Han pasado muchos años, pero recuerdo uno a uno los nidos que construí, y la dureza de aquella lucha que me condujo al que ya puedo considerar definitivo...

Corría el año cincuenta y tres cuando llegué al mundo en un pequeño pueblo de Almería. La infancia transcurrió entre bullicios y risas, como casi todas, con ese candor que ignora las dificultades por las que atraviesan los mayores cuando la pobreza se instala en sus hogares. Debió de ser mucha pues, cuando contaba once años, mis padres decidieron emigrar a Argentina.

No puedo precisar cómo llegamos a Mar del Plata, pero fue donde ellos construyeron (sin dejar de lado la idea del regreso), su segundo nido.

Para mí todo fue una aventura: el viaje en sí, el nuevo paisaje, el olor distinto de aquel inmenso mar, de la tierra y de los guisos, el nuevo sonido de voces desconocidas...

Nos instalamos de forma precaria, y con modestia, como suele hacerlo quien se siente extranjero. Luego, tocó asentarse pero, la tan necesaria comunicación con nuestra familia de España seguía fluida, muy fluida, solo que, ahora, se realizaba a través del papel; cartas y cartas donde yo, con la perspectiva de niña que comienza a vivir en un mundo distinto, les contaba todo cuanto acontecía. Al pie de las misivas, mis padres añadían de su propia cosecha unos renglones que jamás pude leer. Supongo que en ellos estaba la verdad al desnudo, pues los vi llorar en más de una ocasión.

Llegaron esos años en los que la adolescencia se instala en el interior como un huésped no invitado (hasta que la adultez toma su lógica secuencia), y me sorprendí hablando con acento porteño, rioplatense, mientras percibía que el enamoramiento existe en todos los países. El mío llegó por sorpresa pero, fue tan bien recibido, que contrajimos pronto matrimonio, y no tardaron en venir los hijos.

Más, como sucede en cualquier parte del mundo donde la gente no se entiende, también llegó una guerra; en este caso, la Guerra de las Malvinas, así que pensamos que era momento de regresar a nuestra tierra.

No podíamos hacerlo con toda la familia, por lo que decidimos adelantarnos solos mi esposo y yo, y traerlos a ellos después; esto resultó sumamente duro.

Reencontrarnos con España supuso un nuevo cambio, pero Alicante se parecía bastante a Mar del Plata por sus playas y el olor a mar. Sin embargo jamás pude suponer que sería tan difícil encontrar un nido para dos personas a las que consideraban foráneos.

Mi esposo italiano y yo con acento argentino, quisimos alquilar un apartamento y no hubo forma, todo eran largas y largas, excusas y pretextos, sin duda por el temor de que no tuviéramos para pagar los alquileres.

Ya comenzábamos a desesperar cuando, un conocido que había vuelto de Argentina un tiempo antes, nos habló del Barrio del Raval, en Elche.

Y así fue como dos golondrinas asustadas recalaron en la calle Rastro, 28. Un pequeño apartamento que recogió nuestros cuerpos cansados y nuestras almas estremecidas.

El Raval era por entonces un núcleo formado por gran cantidad de familias andaluzas, cuya humanidad no tardamos en descubrir.

Cuando comenzamos a relacionarnos, todos nos tendieron la mano, todos nos acogieron como si fuéramos conocidos de toda la vida, mitigando con ello el dolor que mordía nuestro interior por la ausencia de los seres más queridos.

Y así fue como tuvimos un nuevo nido, recobrando la confianza en nosotros mismos. Nada les importaba la raza, el color, o la lengua. El acento andaluz, italiano o rioplatense, se mezclaba con el oro de unos corazones grandes, sin límites, sin barreras. Por eso lo defino como un nido de plata y oro.

Entre mis recuerdos de entonces, ocupa un lugar destacado el pequeño balcón que daba a un hermoso parque. Sentada en él, por la noche, gozaba del contorno tambaleante de las palmeras y de la profundidad del barranco que cruzaba el río Vinalopó. A lo lejos, iluminado, el techo añil brillante de la cúpula de Santa María, alzándose con majestuosidad. Me repetía a mí misma, que habíamos tenido suerte de recalar en tan entrañable rincón.

Sin embargo, cuando llegaba el fin de semana, todo mi ser se encaminaba a una cabina telefónica concreta, que fue testigo de tantas y tantas lágrimas derramadas después de las largas conversaciones que mantenía con mi madre, tras la misa de los domingos. ¡Cuánto sentimiento encerrado entre aquellas cuatro paredes de cristal! ¡Cuánta nostalgia! ¡Cuánto dolor de hija y madre que se necesitaban!

Y siguió pasando el tiempo... El nuevo trabajo encontrado por mi esposo permitió que pudiéramos ya traer a la familia, y reagruparnos de nuevo, esta vez en Alicante, pero jamás he podido olvidar el entrañable Barrio del Raval, porque allí se encuentra una parte importante de nuestra vida.

Vuelvo con frecuencia. Lo recorro de punta a punta con ojos agradecidos, mientras me digo que el mundo está sembrado de corazones generosos que se entregan; de manos extendidas que te acogen y dan fuerza; de personas, en definitiva, que no importa de qué lugar sean, sino cómo sean. Y allí quedará, por siempre inolvidable, el nido de plata y oro que reaparece, una y otra vez, en esta tarde de mayo que ya huele a primavera.

Libertad Baeza Macía

LES MEUS AULES

Cuando crees que todo parece termina en tu vida, hay un reducto que te acoge, que te enseña y al que se lo agradeces vivamente.

Quan em vaig jubilar als seixanta-dos anys, se'm va regularitzar la tensió i em va baixar el colesterol.

Em vaig sentir la dona més feliç del món, perquè ja no havia d'aguantar el meu cap. Jo he treballat sempre molt a gust. El que més m'ha agradat han sigut els noms, i durant tota la meua vida laboral he treballat amb això. Allò que no m'ha agradat mai han sigut les màquines, servisquen pel que siga.

Ja sé que hui sense la informàtica no es podria viure. Menys mal que em vaig jubilar abans.

En els últims anys que vaig treballar, em va tocar usar l'ordinador. Era de teclat, no s'havia inventat encara el ratolí. Els nervis podien amb mi. Haver d'estar allí mirant la pantalla, esperant a què em donara la contestació. No tenia paciència per a això.

La màquina de calcular no l'he usada quasi mai. Fent les operacions a mà acabava abans.

Bo!, ja m'he perdut per les rames. El que volia dir és que em sentia molt feliç al perdre el meu cap de vista, i com vivia sola, ja no em quedava ningú que em manara.

Ara deia jo, "Podré fer el que vulga, com vulga i quan vulga". Quina tranquil·litat!

Però no estava tot tan clar com jo ho veia. Fins aquell moment, no m'havia fixat en tan llargs como son els dies. Quantes hores en tenen!

Quan treballava, comprava molts llibres. Tenia poc de temps per a llegir i em deia "Són per a quan em jubile, que tindrè més temps", però en tenia massa.

La casa i el dinar per a mi sola, no em llevava massa temps. Dones a llegir!. Però malgrat agradar-me molt, acabava fins a la gorra de tanta lectura.

Vaig pensar que havia d'organitzar-me. Amigues en tinc, i fan una vida normal però a mi no m'agradava anar a veure aparadors i tendes per a comprar coses que no necessite, ni asseure'm en un cafè per a parlar de les "artistas" de la televisió, que com no conec a ningú, no podia ficar-me en la conversa.

Tots els diumenges me n'anava-i encara hi vaig a casa de la meua fillola. No m'agrada dinar sola, els diumenges.

Vaig al teatre cada vegada que hi ha alguna cosa que m'agrada, vaig a passejar a casa dels meus nebots, però jo notava que em faltava alguna cosa. Més activitat.

Un dia, no recorde quin, em van parlar de les Aules de Gastón Castelló.

Jo no havia sentit parlar mai de les Aules, pensava que per als vells tan sols hi havia "La llar del jubilat" i, clar, allò no m'anava.

Beneita l'hora que em parlaren de les Aules. Vaig anar a veure com era i em va causar molt bona impressió. En donaven un programa per tal veiés tot lo que allí es feia.

Quan vaig veure que hi havia valencià, va ser per a mi la major alegria.

Jo he parlat valencià tota la meua vida, però sempre he tingut una cosa dintre de mi, que es rebel·lava. No saber escriure en valencià, i era la llengua de la meua terra. Jo sóc alacantina.

Tot seguit em vaig apuntar a valencià i a gimnàstica, ja que a la meua artrosi li vindria bé un poc de moviment.

Vaig començar el valencià amb Oscar, un xicot jove, que valia molt i que tenia un interès molt gran en què aprenguérem prompte. Jo no havia escrit mai ni el meu nom en valencià.

Recorde que un dia vaig vore en l'escaparata de una botiga escrit "Tenim coca amb tonyina". Em quedí esbalaïda. El valencià que jo llegia no tenia "enes". No entenia que volia dir allò.

Al segon curs d'anar a valencià, oscar es va empenyorar en presentar-nos als exàmens en la Universitat del curs elemental. El vaig aprovar, jo soles, era la única que llegia valencià.

Oscar em va dir "al curs que ve et presente al mitjà". Em feia molta il·lusió, però el xicot es presentà a la Universitat per a professor; l'aprovaren, i així s'acabà tot.

Un dia una companya de història, em parlà del professor de literatura, dient que era boníssim (és catedràtic de Filologia Hispànica, a la Universitat de Alacant) i que li agrada molt la poesia, i esta a mi, m'encisa.

Com sempre he tingut molta memòria, de xiqueta m'aprenia les poesies en un moment i en la caixa que tenim en el cervell (segons Paca, que ens va donar un curs de memòria), on guardem tot lo antic, allí les tinc guardades, no se m'obliden.

Al professor li agraden molt els clàssics i a mi també, per això m'ho passe d'allò de bé.

Em gite totes les nits ben tard; no perquè faça redaccions, encara que estic treballant. Ho faig perquè sóc poc dormidora. De jove era igual no dorm més de cinc o sis hores.

No vaig a fer més coses, perquè ja no em-queda temps, però de veritat que em sent com quan tenia disset o divuit anys i anava tan feliç a l'escola de comerç.

Quan surt de casa, i em trobe alguna veïna en l'ascensor, li dic "me'n vaig al col·le", i no pensí que si Déu vol, aquest estiu compliré vuitanta-set anys.

Però sóc feliç gràcies a les Aules, encara que no es tot per les classes, és en molta part per la gent que va allí.

Són simpàtiques, educades, alegres. Sempre hi ha un ambient molt bo, i tant si tens una pena o una alegria, et sents protegida i en companya sempre, i no parle de la Directiva perquè pensaran que els "done raspallada" però puc prometre que és el millor que m'ha passat en la meua vellesa, perquè aixè de la tercera edat no m'agrada.

I done moltes gràcies a les Aules de FEVATED.

Lidia Durá Martínez

NUNCA ES TARDE

Cuando la niña nace, se marcha el padre a buscar fortuna.
Luego reclama a la familia pero, el miedo de la madre hace que no
se vayan. Él rehace su vida allá lejos.
Muere, pero deja dicho que se encuentren ¡y así lo han hecho!

Allá por los años treinta una niña vino al mundo en el seno de una familia humilde y a los pocos meses de nacer hubo una época en la que había poco trabajo en España y al padre le salió un contrato de trabajo muy bueno en Sudamérica y se marchó acordando con su mujer que cuando estuviese establecido la mandaría llamar y así lo hizo.

Pasados unos meses le escribió una carta y le mandó los medios suficientes para el viaje y poder reunirse las dos con él. Pero en aquellos tiempos las mujeres no eran tan atrevidas como ahora, tuvo miedo a lo desconocido y no se fue. Así que la niña creció sin padre al cuidado de sus abuelos y su madre. Pasaron los años y el padre fundó una empresa al otro lado del charco y claro, también otra familia, de la cual nacieron dos hijos.

Pasado el tiempo y ya anciano, a través de un familiar común, buscó la forma de encontrarse con su hija pues la mujer ya había muerto y lo consiguió, aunque no tuvo tiempo de encontrarla ya que él también falleció. Pero un tiempo antes de morir les había contado a sus hijos que tenía una hija en España de su primer matrimonio y les rogó que hicieran todo lo posible por encontrarla pues sería bueno que los hermanos se conocieran y pudieran darse un abrazo.

En las primeras vacaciones tras la muerte de su padre viajaron a España y comenzaron a indagar atendiendo a las direcciones que su padre les había proporcionado hasta que la encontraron y hoy día, a pesar de la distancia, se comunican y se visitan de cuando en cuando junto a sus respectivos cónyuges e hijos.

Isabel Mondéjar Vidal

MIS RECUERDOS Y VIVENCIAS

Un barquillero, la bambera, el hombre del borriquillo, el circo de los gitanos, la comba, los cromos, las bolas. Eramos felices...

Puedo contar tantas cosas... pues cuando eres mayor tienes muchas, pero voy a comentar algunas de mi niñez, que recuerdo con nostalgia porque hoy no existen o ya no forman parte de la vida cotidiana de un barrio de la ciudad.

“El barquillero”, que pasaba por la calle pregonando sus riquísimos barquillos, que guardaba en su barquillera cilíndrica de metal, y daba opciones con su ruleta a que te tocara más de un barquillo por un real.

La “bambera”, con su delantal blanco como la nieve, su cesta llena de “bambas”, (ensaimadas) recién hechas, ofreciéndolas con un bello canto que decía: “la bambera, bambitas calentitas de ahora”.

“El hombre del borriquillo”, que llevaba en las alforjas tinajas con “arrop y tallaetes”, dulce de fruta confitada con un almibar de azúcar y un poco de vino. Solía llevar miel de “La Alcarria”. Por cinco pesetas disfrutaba toda la familia de este exquisito dulce más de un día.

“El Chambilero”, con el carrito de helados de vainilla, chocolate, fresa y turrón de Jijona, que servía con los “cucuruchos”, que son los conos de barquillo, o entre barquillos rectangulares.

“El circo de los gitanos”, con su trompeta acompañaba la danza de la cabra que al final se subía en lo más alto de una pequeña escalera, donde giraba y giraba hasta que el gitano la hacía bajar con el bastón. Rara vez se traían al oso, pero los hijos eran hábiles titiriteros.

Saltábamos a la comba, al tiempo que cantábamos “al pasar las barcas”. Jugábamos al tranco, dibujando con tiza los rectángulos numerados que íbamos sorteando.

Los cromos, que eran estampitas de diversos tipos coleccionables, que cambiábamos cuando estaban repetidos.

Las bolas, que ahora se llaman canicas, eran más de chicos, al igual que la trompa, aunque algunas chicas también jugaban, pero estaba mal visto.

Lo mejor de todo esto es que lo hacíamos en la calle, sin ningún peligro. Nos conocíamos todos los vecinos y nos ayudábamos los unos a los otros.

Éramos felices con estas cosas que para nosotros eran más que suficientes ya que no conocíamos las tablets, los móviles ni los ordenadores, que puede que sean más instructivos, pero no ayudan al ejercicio que los niños deben realizar.

Manuela Pedrero Rodríguez

¿POESÍA?

Cuando la poesía se trunca en un momento por los ojos del enfermo, aparece soledad en la mirada; y miedo.

Unas manos expertas, guían,
pero la persona necesita un apoyo total.

Un soneto me manda hacer Violante... No estoy segura de que los catorce versos van a salir de mi pluma. No es mi fuerte la versificación... hablemos de poesía.

Poesía tiene la naturaleza, poesía tiene la noche, poesía tiene el amor, poesía tiene la mirada de un niño, de una madre... poesía... tiene la vida en general.

Pero esa poesía puede truncarse a veces en un espacio corto de tiempo, en unas horas...

Aquella mañana de junio amaneció clara y hermosa. Alicante lucía sus galas de sol y mar, como acostumbra, y me sentí orgullosa y afortunada de vivir en tan bendita tierra; ya lo decía el Marqués de Molins:

*“Que de Poniente a Levante
Es sin disputa Alicante
La millor terra del món”*

Apenas hacía una hora que me había levantado cuando empecé a sentir malestar general y un fuerte dolor abdominal que iba aumentando. Llamé al médico; en cuanto llegó y tras un breve reconocimiento, su diagnóstico fue claro: apendicitis.

Carreras, preparativos, ambulancia...

Al cabo de un cuarto de hora estaba en el hospital. Cuando llegamos estaban ya esperándonos. Rápidamente empezó la preparación. Todos se movían con agilidad. Yo oía las conversaciones... Suero, quirófano, anestesia. Me encontraba perdida entre todas aquellas personas.

Me pusieron en una camilla y al momento iba camino del quirófano.

Yo estaba sola. El pasillo se hacía interminable: quería llegar para quitarme aquel dolor que iba en aumento. El corazón me latía a gran velocidad. Pensaba: me van a anestesiar, a dormir, ¿y si no me despierto?. Mil y un pensamientos tenían lugar en aquellos momentos. Temor. Duda...

Llegamos al quirófano donde todo estaba preparado y esperándome; anestesista, cirujano, enfermeras. Me cambiaron a la mesa de operaciones y en unos momentos, tras las preguntas de rigor, estaba dormida.

Desperté sobre la cama de una habitación. Todo había pasado.

El cirujano se acercó a explicarme el proceso; que había salido bien y que, al ser delgada, había facilitado bastante la intervención.

Por último, me dijo que gracias a la rapidez con que todos habían actuado desde el principio se había llegado a tiempo. Si se hubieran retrasado unas horas no habría sido posible lograrlo. ¡Una vez más tenía que dar las gracias por ese magnífico personal sanitario, y por la suerte de instalaciones con las que cuentan nuestros hospitales!

Aquella experiencia me hizo cambiar, no solo en la forma de pensar, sino también en comprender cómo la enfermedad cambia la poesía de la vida y los sentimientos de los enfermos, reflejados en su mirada. Se trunca, se trona suplicante, ansiosa, con miedo, a veces con angustia. Angustia ante lo desconocido del lugar, angustia ante el dolor que va aumentando. Angustia...

Y también temor, inquietud ante esa serie de puertas y pasillos que recorre en una camilla, sin que nadie le aclare a dónde va, quién va a cuidarle, en quién tiene que confiar. Temor e inquietud en ese largo recorrido que termina en ... RX, le han dicho: "vamos a rayos". ¿Qué le van a hacer? ¿Le dolerá? ¿Estará solo?.

Soledad, pues, en la mirada del enfermo. Soledad en medio de un mundo que se agita deprisa. Soledad con sensación de número y letra en común.

Soledad en esas largas horas del día y de la noche en que los pensamientos nos traen los recuerdos más vivos de nuestra actividad, quehaceres, afanes, proyectos e ilusiones.

Sentimientos de lo más variado inundan el alma del enfermo que espera, acostado, ante la puerta de un laboratorio... de un quirófano para ser intervenido... Todo es extraño, nuevo, raro; gente que va y viene, que habla a su lado palabras desconocidas para él y que se refieren a él precisamente, porque es su enfermedad y que no puede entenderlo porque no sabe el tecnicismo de sus expresiones.

Ese dolor que le aqueja... le han dicho que van a operarle del riñón... del estómago... de la cadera... ¿Cómo quedará? Si se atreviera se lo preguntaría al médico pero... cualquiera le molesta ahora. Tiene otras cosas que hacer; no se le puede interrumpir. Además ¡está tan lejos para poder llegar a él!

No hay una mano amiga tendida en su ayuda.

Creo, de verdad, que es labor humanitaria, de consuelo, de amor para con el prójimo, el comprender, animar, y ayudar al enfermo.

La curación no la dan solo los medicamentos o las intervenciones quirúrgicas. El enfermo no tiene solo cuerpo; enferma todo su ser y el alma siente también los dolores y con mayor intensidad que el propio cuerpo; máxime si este no está bien atendido.

Y espera, espera paciente una mano amiga que coja la suya y una voz que, como a Lázaro, le diga "¡Levántate y anda!".

¡Que también en el sufrimiento puede haber poesía!.

M^a Luisa Valls Homobono

FUEGO, AGUA, CORAZÓN

Las ilusiones de una joven. Los miedos de una madre.
Fuego, agua, corazón. Hogueras de ilusión para todos, porque
todos somos iguales.

Cuando se acerca el día grande de nuestro querido Alicante, todo se va volviendo poco a poco más luminoso, y también más doradas las arenas de las playas. Qué lujo contar con nuestro "Postiguet", mar dentro de la ciudad, playa y puerto, todo atado de por vida, mirando juntos LA CARA DEL MORO, ese rostro esculpido en las rocas del Benacantil. Desde lo alto sonríe y protege la ciudad, sus gentes, nativos y visitantes, que estos días inundan calles y plazas para contemplar cada una de las obras de arte imaginadas y creadas por nuestros maestros falleros. Fiesta y fuego, agua y luz, llanto derramado por nuestras Bellezas Alicantinas cuando su "FOGUERA" alcanza el fin, desapareciendo entre las llamas. Una de esas mujercitas maravillosas será elegida por... no sé, todas son preciosas, pero sobre una recaerá la responsabilidad de representar a la mujer alicantina durante el año.

Dentro de ese mundo de ilusión y fantasía, hay uno más pequeñito, más humilde, pero con todos los ingredientes necesarios: hoguera, fuego, agua, fiesta, ilusión, corazón, sobre todo corazón, que queremos destacar. Son las hogueras que organiza APSA, en su centro ocupacional Terramar,

APSA, una asociación sin ánimo de lucro, que lucha por la integración de nuestros chicos discapacitados psíquicos, desde 1962, preparándolos para la vida.

Y esta asociación, con todo el amor del mundo (más voluntad y empeño que aportaciones económicas "dichosa crisis", "dichosos recortes"), intenta, hasta conseguirlo, que "sus niños jóvenes", tengan la mejor vida posible. Para ello, organizan excursiones a muy diversos lugares, acampadas, encuentros, bailes, comidas, competiciones, el magnífico equipo de nadadores (siempre consiguiendo medallas) y qué decir del spicobalet, que está cosechando éxito tras éxito.

Y es en este pequeño y a la vez grandioso mundo, donde sucedió la vivencia que quería contar...

Hace años, en el 2005 (toda una vida, ¿verdad?), un día sonó el teléfono:

—Diga? —contesté algo extrañada, pues el número que llamaba no me era conocido..

—¿La mamá de Salomé?

Me asusté, habría pasado algo...

—No te preocupes —me tranquilizó una voz cálida

— No es nada preocupante, al contrario, es que nos encontramos eligiendo Belleza para nuestra Hoguera, y los chicos del centro votaron a Salomé casi por unanimidad. Ella está súper feliz y nosotros creemos que será una belleza estupenda.

Me quede paralizada, no sabía si reír, llorar, hacía unos meses que Salomé, mi hija, estaba en la asociación. Con su carácter dulce y siempre dispuesta para ayudar, se había ganado en poco tiempo el aprecio de todos, tanto compañeros como personal del centro, pero nunca pensé que pudiera pasar. Además, con mi poder económico (más bien por los suelos), me entró el pánico.

—No puede ser, susurré.

—No te preocupes de nada, tenemos trajes para ella, un lugar donde nos atienden maravillosamente, nos hacen los arreglos que necesitamos y podemos comprar los accesorios necesarios a buen precio. Tú hija está muy ilusionada y todos sus compañeros también. Tranquila. Todo saldrá perfecto. Ya verás.

Esos días los sentimientos no se podían controlar. Todo el dinero del mundo no hubiera sido suficiente por ver la alegría en sus ojos, su sonrisa, su felicidad probándose el traje, medias, zapatos de “tacón”, los correspondientes abalorios... ¡Tan guapa!

El día de la presentación, estaba resplandeciente junto a la belleza infantil, damas y comisionados. El acto se celebró en el aula de la CAM. Emocionante verlas allí sentadas recibiendo el homenaje de otras Hogueras, ofrendas de flores, insignias, regalos... Se sentían como reinas; y la familia; las mamas, yo, notábamos por dentro cómo, poco a poco, el espíritu de integración, de paz, apartaba lejos la discriminación, quitando obstáculos del camino, haciendo a todos y a todas iguales.

Así que mi agradecimiento será eterno. Por eso he querido reflejar esta vivencia de mi hija, que es la mía también, para demostrarlo.

Desde aquí, muchas gracias a todos, sobre todo a la Hoguera que más los integra, con la que desfilan el día de la ofrenda de flores a nuestra Patrona: la Hoguera Plaza de América.

Y un beso enorme y emocionado a la Bellea del Foc de ese maravilloso 2005: la encantadora y súper comprometida, Laura Chorro. Gracias por dar tu apoyo a esta causa con todo el amor del mundo (eso se nota).

Y, ¿cómo no?, gracias APSA, por hacer que en estas fiestas y día a día, nuestros niños-niñas, sean iguales a todos los niños del gran Alicante, con...

¡¡Fuego, agua, corazón para todos!!

Jeannine Guerin Guillon

DESTINO ALICANTE

El amor viaje en un Wolswagen. Recién casados.
Una consulta médica. De Francia a España. Sol y luz.
Un diario que lo cuenta.
Sosiego e ilusión para seguir escribiendo.

Íbamos en un flamante “Wolkswagen” de dos puertas por los bulevares periféricos de París cuando, de repente, dos policías de tráfico nos mandan parar y aparcar a la derecha. Mientras va pisando el freno, Julio no cesa de repetirme: pero no cometí ninguna infracción... Con el intermitente a la derecha, acata la orden y, a petición del agente, enseña temeroso el permiso de conducir. Nos sorprende diciendo:

—¿Es el modelo actual? ¿Me permite que vea cómo es por dentro?

Julio sale del coche, cediendo el asiento al agente. Tras una mirada de rigor, pregunta:

—¿A dónde van ustedes?

—A Alicante.

—Pues que tengan un feliz viaje... En cuanto a éste -- señalando el gato desparramado sobre la luneta de detrás y con una sonrisa socarrona --harían un buen guiso con él.

¡Uf! suspiramos, aliviados.

Tras dos años en la capital donde Julio quiso especializarse en psiquiátrica y presentada la tesis, llegaba el momento de elegir dónde vivir y abrir un despacho. Con el recuerdo de España en el corazón, una idea está clara: a ambos nos atraen el sol y la luz del Mediterráneo. Conscientes de que los primeros tiempos van a ser difíciles, porque los enfermos no surgen por obra y gracia del Espíritu Santo, presento varias solicitudes en distintas empresas francesas de la costa mediterránea, susceptibles de una vacante.. La respuesta de Barcelona es negativa. Valencia tiene un puesto por cubrir, pero no admite mujeres casadas. Huelva acaba de contratar a alguien. Queda Alicante, una pequeña escuela francesa, recién fundada por los “Pieds-Noirs” que huyeron de la guerra de Argelia. El Estado francés no se hace responsable de mi sueldo, ni de su regularidad; pero hay que hacer de tripas corazón: acepto. Gracias a la pequeña ayuda financiera de mis padres y a la generosidad de mi madrina que nos regala el coche, ponemos fecha a nuestro retorno a España.

El viaje no presenta ninguna dificultad. Pernoctamos en la frontera y a la mañana siguiente seguimos dirección Alicante. Al llegar a la Albufereta, nos atiende el fundador de la escuela, aconsejándonos alquilar provisionalmente un estudio en la “Finca Adoc”.

Indagando en el centro de la ciudad, nos decantamos por un piso situado en la calle Ángel Lozano, esquina Alfonso el Sabio, con ascensor y suficientemente amplio para el despacho y la vivienda. En la primera planta del edificio está instalada la sede de “Radio Alicante” y en la tercera, tienen también su despacho dos hermanos médicos internistas, con los que pronto trabajamos amistad. Ambos no pierden ocasión de hacer grandes elogios de su nuevo vecino a los pacientes que requieren atención psiquiátrica. El portero, un hombre simpático y servicial se ofrece a enseñarme los secretos de la “paella”, plato que integramos rápidamente a nuestra dieta, así como el uso saludable del aceite de oliva (mi madre solo cocina con mantequilla).

Nada más abrir la consulta, Julio se presenta al Director del Hospital psiquiátrico de Santa Faz, que le confía la responsabilidad del servicio de mujeres, asignándole de ayudante de enfermería a una monja de la Caridad. Durante dos años, trabaja todas las mañanas sin sueldo, hasta que la Diputación convoca oposiciones; mientras tanto, todas las tardes, atiende en casa a los enfermos de varias aseguradoras: una buena ayuda para la economía familiar ya que mi sueldo va íntegramente al pago del alquiler.

La escuela no ha sido aún reconocida como Liceo. Las clases tienen lugar en unos barracones prefabricados, al pie de la montaña. Frente a la zona de recreo, está el despacho del encargado de la Dirección. Al principio, por necesidad de servicio, me piden impartir clases de ciencias naturales a cinco alumnos del último curso de bachillerato. Aunque he cursado el bachillerato "científico", no poseo las capacidades intelectuales ni pedagógicas suficientes para dar clase a este nivel. Con el propósito de animarme, uno de los nuevos responsables del centro (no docente, por cierto) sugiere que pida ayuda a mi marido. Descarto la idea y me las apañó sola. Afortunadamente, son buenos estudiantes y aprueban cuatro; solo uno tiene que repetir. El segundo año, me encargan de la enseñanza intensiva del español a un grupo reducido de hijos de extranjeros, recién llegados, y de distintas edades y nacionalidades. ¡Menuda tarea!... A pesar de todo, consigo llevar el curso a buen término. Finalmente me atribuyen la asignatura de lengua española, en el primer ciclo de secundaria: comprensión y comentarios de textos, traducciones directas e inversas...

Transcurridos diez años de nuestra llegada, aconsejados por el Director del Banco de Alicante, Julio y unos cuantos de sus amigos acuerdan comprar una gran finca embargada, en la partida de la "Condomina", a fin de parcelarla y urbanizarla, dotándola de la acometida de agua y electricidad. La superficie mínima requerida - tratándose de una zona rústica - debe ser de cinco mil metros cuadrados. En una de ellas, que no los alcanza, se alza la torre "El Ciprés", una torre de defensa contra los piratas cuya construcción data de mil quinientos sesenta y cinco. A su lado, resiste también el paso del tiempo, una pequeña ermita con una puerta en forma de arco de mil seis cientos sesenta y ocho. Ambas construcciones se encuentran en un triste estado de abandono y deterioro. En la actualidad, es un lugar invadido por malezas, y a merced de actos vandálicos. Tratándose de un B.I.C. es de esperar que en un futuro próximo se proceda a su restauración.

Una vez trazados los viales y colocadas las vallas, somos los primeros en construir la casa de nuestros sueños y disfrutar de esta tranquila zona en el campo. Con la inauguración del tranvía hasta Denia, se evitan los problemáticos aparcamientos en el centro de Alicante.

.../...

Releo mi diario. Recoge las vivencias de una vida normal, como la de casi todo el mundo. No variaría ni una coma. Aquí trabajando y luchando, hemos sido muy felices. Cuando colocas a una ciudad en tu vida, difícilmente sales de ella. Nosotros apostamos por Alicante: luz, sol, playa, buena gente, excelente clima... ¿qué más pedir?

Y hoy, ya jubilada, desde Aulas de la Tercera Edad, encuentro un nuevo grupo de personas que me dan sosiego e ilusión. Por eso sigo escribiendo...

M^a Ángeles Domínguez Suay

EL HOMBRE DE CRISTAL

Nadie puede ver a un ser de cristal, pero existe, y tiene la mano extendida pidiendo un cigarro. Un petate con ropa y comida; un huerto cultivado por manos generosas y la satisfacción de sentirme un hombre.

Lunes, 18,30 horas. El comandante anuncia que la nave tomará tierra en breve.

Al bajar del avión me esperaba mi buen amigo Víctor San José.

Decidí no seguir los pasos que mi padre había soñado para mi futuro incluyéndome en el sector de las grandes empresas.

No obstante, pasaría diez días alojado en el chalé de Víctor como invitado para así poder mantener contactos con empresarios que serían vitales para el negocio que mi familia se había planteado.

La casa estaba situada en una pequeña cala del litoral norte. En esta zona existen un gran número de viviendas unifamiliares habitadas por una población de clase alta, rodeadas de espacios verdes y todo tipo de comodidades: restaurantes, hoteles de lujo, salas de fiestas y lugares de ocio más caros.

El tiempo transcurría rápido, divertido, casi con desenfreno. A primera hora, club de golf, alternando en días sucesivos con pádel, tenis y, el jueves, salida en velero para pescar o simplemente navegar.

Una noche pedí a mi amigo que me permitiera dar un paseo yo solo por la ciudad.

Me sentía feliz, como un adolescente que se escapa de casa sin permiso.

Pronto comprobé que Alicante era una ciudad de grandes contrastes.

La noche era templada y cálida y, ante tanta belleza, afloró mi vena poética mientras, descalzo, caminaba por la orilla de la playa, me parecía que la luna me observaba y me sonreía.

Las ramas de las palmeras, que están vigilantes desde la arena, mecidas por una ligera brisa, canturreaban canciones de antaño que ya nadie se paraba a escuchar.

Miré al castillo de Santa Bárbara, dándome la sensación que emergía de la profundidad más absoluta. Allí estaba el moro, mirándome entre triste y altivo. Me susurraba resignado de sus triunfos en las batallas.

El olor a salitre que me envolvía me recordó a los hombres valientes que trajinan en el puerto.

En dos horas me situé en el centro de la población, donde se enclavan los edificios más lujosos que amparan grandes Bancos, tiendas de moda, restaurantes y joyerías.

De pronto me sorprendí: en un cajero del Banco, echado en el suelo sobre una vieja manta, un hombre se envolvía entre bolsas viejas y cartones.

Le observé de cerca y, al darse cuenta que lo miraba con insistencia, me pidió un cigarro con un gesto de la mano.

Salió a la calle y charlamos durante un rato. Con lágrimas en los ojos, casi en un susurro, me contó.

—Cuando la gente pasa por delante del cristal, ni me miran, como si fuera invisible para

ellos. Si salgo a la calle y les hablo, apresuran el paso temerosos; si les pido algún dinero, ni me escuchan, vuelven la cara o me insultan entre dientes.

Me despedí.

—En unos meses, volveremos a encontrarnos.

Finalizado el verano, volví con un petate de camisas, pantalones y jerséis de lana, que nada mal le vendrían para el otoño que estaba próximo.

Ni siquiera sabía su nombre, no tenía referencias, cuando pregunté por él solo hice alusión a pequeños detalles físicos que nadie recordaba.

Me pregunte que estaba pasando.

¿Qué te pasa Alicante y a cientos de ciudades que os estáis volviendo sordas y ciegas?

¿Qué nos pasa a todos que permitimos que un hijo de Dios viva entre la basura?, ¿qué le dejamos como limosna el colectivo rico y culto?

¿Qué nos pasa que permitimos que no puedan tener acceso ni a un miserable Sueño?

Aquella vivencia me dejó tocado, aún sin ser un hombre de creencias religiosas.

Lo había meditado cuidadosamente y me lancé en busca de una solución a la que era improbable llegar.

Más que por generosidad, lo hice por vivir una experiencia inimaginable.

Hablé con Víctor y le conté que mi proyecto para el futuro era montar una pequeña granja para el cultivo de hortalizas y verduras, manteniendo igualmente pequeños animales para el consumo.

Quería que me cediera un terreno propiedad de su padre situado cerca de la ladera del castillo de Santa Bárbara y que, hasta el momento, no había servido sino de escombrera y vertedero de trastos que vecinos y viandantes iban depositando sin ningún pudor ni disimulo.

Después de unos meses limpiando y adecentando el pequeño terruño, surgió una espléndida parcela con posibilidades múltiples.

Antes de que se instalara definitivamente el invierno, había montado una nave espaciosa para guardar aperos de labranza, así como algunas tumbonas o ligeros catres que pudieran relajar al cansancio que, con toda seguridad, estaría instalado en los cuerpos de los futuros habitantes.

Se instaló un equipo electrógeno que nos permitiría la puesta en marcha de herramientas, así como la de un refrigerador que mantuviese el agua y refrescos listos para aliviar la sed que provocan los treinta grados.

Y, hecho esto, deambulé noche tras noche por las calles, invitando a maltrechos moradores de parques y callejas, hasta conseguir una cuadrilla de doce o catorce mendigos. De forma sencilla les planteé mi propósito y les rogué que se acercaran conmigo al improvisado refugio para explicarles con detalle el plan del que podrían beneficiarse.

Algunos ni siquiera confiaban, otros manteniéndose expectantes me miraban de soslayo, con la respiración entrecordada y la mirada fija el resto, pero todos pasaron de la sorpresa a la fascinación sin dar crédito a lo que oían.

Seguí buscando, una noche tropecé con un hombre que se movía tímidamente, de frente a él pude comprobar que era mi amigo, el del cajero, se llamaba Darío.

Le rogué que me ayudara en aquel proyecto que se iniciaba. Más adelante veríamos que más cosas se podrían hacer. Fuimos juntos en busca del resto de la cuadrilla. Sentados, permanecemos en silencio, mirándonos los unos a los otros; después, más relajados, reímos como si nos conociéramos de toda la vida.

Al ver en los ojos de estos desposeídos el agradecimiento infinito que sentían, es cuando por primera vez me consideré un HOMBRE.

M^a Ángeles Baydal López

MÁGICA NOCHE

Plaza de Toros. Un amor entre capotes. Cuerpos que se rozan.
Nada importa la gente. Las manos se unen. Indultos.
Hablan de sentimientos. Un beso pedido, un barco que te rapta,
la Explanada y... ¡Mágica noche!

Me dirigía a la Plaza de Toros cuando, sin apenas darme cuenta, entraba en el Panteón de Quijano. No acertaré jamás a expresar todo lo que siento cuando me hallo dentro de ese parque. Es como un remanso de gran paz, que me conduce a la reflexión. Conmueve siempre la historia de que: “todo nació por la bondad de un hombre grande, en plena lucha contra una terrible epidemia; se contagio y murió a consecuencia de tal heroísmo”. Tenía calor, sofocos, necesitaba refrescarme un poco y, a la vez, precisaba relajo. Me dirigí a un banco retirado. Los árboles centenarios brindaban agradable sombra, junto a los arcos repletos de madreselvas, ¡increíble belleza! Desde mi posición, podía mirar y no ser visto; un sitio estratégico. Cerré los ojos para notar la paz de aquel rincón mágico, y creo que, por algunos instantes, me quedé dormida. De pronto, el murmullo de los transeúntes me recordó la cita con Carlos en la puerta de la Plaza de Toros. Salí en su busca, abriéndome paso entre la multitud (que no me lo ponían precisamente fácil) Es que la ciudad hervía en pleno fervor de Hogueras, y esa tarde había un buen reclamo de cartel, con primeras figuras. Casualmente, la Feria Taurina se consolidó con la creación de “Les Fogueres de San Joan”, allá por el 28... No podía evitar el nerviosismo. Al fin y al cabo, era la primera vez que me encontraba con él. De pronto, pensando que quizá no acertaría a localizarlo, mi corazón pasó de la ilusión a la inquietud, palpitando con fuerza. Definitivamente, estaba nerviosa. Pero, cuando vi a aquel hombre apuesto, alto, que caminaba con pisada firme de un lado a otro, no me cupo ya la menor duda. Nos encontramos frente a frente y un tímido saludo bastó de comienzo. Luego, buscamos la puerta que nos correspondía y, una vez acomodados, pudimos mirarnos más tranquilamente mientras nuestros cuerpos se rozaban sin buscarlo por la estrechez de los asientos.

De momento me sentía rara y con un cúmulo de sensaciones muy diversas, pero pronto tuve la agradable sensación de que no me importaba la gente que había a nuestro alrededor, y a él parecía sucederle lo mismo. A las siete en punto dio comienzo la corrida. Fue una tarde espectacular, la plaza estaba abarrotada y, los toreros, tras unas majestuosas faenas, salieron a hombros por la Puerta Grande. Clamor, entusiasmo, euforia. Ya era de noche cuando salíamos. Era tal el gentío, que le cogí de la mano instintivamente para evitar perderme. Al fin pudimos llegar al coche —aparcado horas antes algo lejos de la plaza de toros—. Alicante olía a pólvora y a fiesta. ¡Era la mágica noche de San Juan!

En nuestro recorrido pudimos apreciar algunos monumentos especiales, con figuras “indultadas”, esas que quedan para el recuerdo sin ser consumidas por el fuego. Al igual que nosotros, mucha gente observaba con admiración el increíble trabajo de tantas y tantas personas que cada año hacen posible las deseadas y puntuales plantas. Todo bien preparado para la magia del fuego, que devora su esplendor en minutos, y nos hace desear la llegada de las próximas fiestas, o sea, volver a empezar. Atravesamos la ciudad. Había tanto tráfico,

que todo estaba colapsado. Él tenía prisa, al día siguiente partía de viaje. Yo, sin embargo, estaba contenta de ver que el barullo nos impedía llegar a nuestro destino; significaba estar más tiempo a su lado. Íbamos en dirección al puerto. Una vez allí, la luna reflejada en el mar, los barcos balanceándose en sus amarres, el murmullo de las risas, y la brisa con olor a mar, embriagaba y hacía mágica la noche. Realmente, no habría mejor escenario para la ocasión. Carlos consiguió ruborizarme. Comenzó a decir que se sentía muy a gusto a mi lado, que le había hecho sentir cosas que tenía dormidas desde hacía tiempo: algo así como mariposas en el estómago. Me quedé callada, sorprendida, casi enmudecí. Me preguntaba si aquello podía estar pasando de verdad. Tan solo nos conocíamos desde hacía cinco horas, y ya hablábamos de sentimientos. Ahora era yo la que notaba algo especial. Hacía mucho tiempo de “aquello”, casi un año, y yo no había vuelto a salir con nadie. Era una extraña sensación esa de hablar con un desconocido de amor. Ya estábamos muy cerca de mi casa cuando Carlos se atrevió a pedirme un beso. Hacía tanto que mis labios no habían sido besados por nadie, que escuchar de repente esa voz tan sugerente pidiéndolo, me dejó atónita. Pensé: “ Qué atrevimiento, la primera cita y pidiendo besos! Tal vez me está poniendo a prueba, a ver qué respondo”. Le dije que no, que era muy pronto, y que los besos se dan, no se piden. Llegamos a la puerta de casa, salió del coche para despedirme y me besó, pero en la mejilla. Era medianoche. Luego, se fue; faltaban pocas horas para que tomara el avión que lo llevaría a un país vecino.

Esa noche no quise volver a salir, prefería pensar, reflexionar. La pasé en vela. No me quitaba a aquel hombre de la cabeza. Y así, un día tras otro. Cuando se cumplían doce, recibí su mensaje. Estaba de nuevo en Alicante y deseaba verme, quería que nos encontrásemos en el lugar que yo eligiera. No sabía qué responder, qué hacer, a dónde ir... Me quedé bloqueada. No se me ocurría algo tan brillante para nuestro segundo encuentro. Al final, elegí el Puerto. Me dio una hora, el tiempo suficiente para arreglarme y acudir a la cita. Llegué demasiado pronto y me senté en uno de los bancos que miran al mar. Contemplaba ensimismada aquellos barcos anclados y empecé a soñar despierta. Imaginaba que uno de ellos, con el nombre de “Esperanza”, me recogía. Allí estaba yo, navegando con él por aguas del Mediterráneo, contemplando a lo lejos el esplendor de nuestra ciudad, la Explanada, la playa del Postiguet, el Gran Sol, la Casa Carbonell... Y en lo alto, el majestuoso castillo de Santa Bárbara. Ahora entiendo por qué dicen que Alicante es “ La millor terreta del món”. Pero de todos los sueños se despierta y me vi en la vida real, esperando a Carlos, y preguntándome qué hacía. ¿Me había vuelto loca? En poco tiempo me hice miles de preguntas. Cuando lo vi a lo lejos mis dudas se disiparon; fue una sensación maravillosa saber que ese hombre alto, guapo y tan atractivo, venía a mi encuentro. Levanté la mano, me vio, nos saludamos y fuimos paseando por la Explanada. Había tanta gente, que preferimos ir a un lugar sin tanta aglomeración, donde poder hablar. Era una mañana soleada, hacía mucho calor y decidimos tomar un refresco. Nos costó encontrar un sitio abierto, pues al ser lunes y muchos establecimientos cerraban por descanso. Estábamos frente al castillo de Santa Bárbara y, tras el refresco, Carlos me pidió que diéramos un paseo. No me dio tiempo a reaccionar, él me abrazó tan fuerte que quedé inmóvil, sus labios buscaron los míos... ¡Había tanta pasión en su beso, que se me olvidó por completo que alguien nos pudiera ver!

Desde lo más alto del castillo, la Cara del Moro, mirándonos y sonriéndonos, fue testigo de nuestro amor, como sin duda lo habrá sido de tantos otros amores forjados bajo su mirada durante años y años. ¡Un testigo excepcional de mi mágica noche!

Raquel Zaragoza Durá

LA VOZ DEL CASTILLO

Un castillo que habla, se enfada, pacta... Un guarda con ojos Mediterráneo que lo cuida. Humano y fortaleza que se entienden. La armónica se llama libertad, la libertad viaja en sonido de armónica. Perfecta simbiosis entre piedra y humano.

*“Despertaba el día, y a su albor primero con sus
Mil ruidos despertaba el pueblo...” (Bécquer)*

Cuando el hombre soñaba con llegar a la luna... Nosotros, desde la cumbre del Monte Benacantil, nos conformábamos con mirar al mar y esperar a que los primeros destellos de luz emergieran por el horizonte. Allí estábamos los dos; él humano, yo fortaleza, pero nos entendíamos a la perfección:

—Agente, mientras disfrutamos del amanecer, permítame que le cuente algunos de los recuerdos grabados en la memoria de mis piedras... Como quizá usted ya sabe, durante mis más de mil años de historia, he albergado a ejércitos de diferentes culturas; he sido testigo y participe en numerosas batallas, de las que aún conservo las cicatrices; allá por el siglo IX me construyeron como alcazaba; siglos después, todavía perduran las leyendas de mi pasado musulmán: historias de princesas enamoradas y de túneles misteriosos horadados en mis entrañas; pasadizos secretos que me comunicaban con la ciudad, la mezquita o la playa. Tuvieron que pasar casi cuatro siglos para que el rey Alfonso X “El Sabio” me bautizara como cristiano. Desde entonces, soy el Castillo de Santa Bárbara —uno de los castillos medievales más grandes de Europa—. Por todo ello, se me considera un Monumento de Interés Histórico Artístico. Sí, reconozco que tengo el corazón de piedra, sin embargo, la orografía de mi ser inerte me confiere el aspecto de un rostro humano: “La Cara del Moro”, símbolo de Alicante, la ciudad que me quiere y abraza. Y ese es, sin duda, el título por el que más me enorgullezco».

—Un momento, ¿y esa música? Parece mágica, pues complace a todos mis credos, pero...

— ¡¿Es usted, agente?! No sabía que tocaba tan bien la armónica.

— ¡Yo tampoco! —replicó— con una sonrisa.

Mi compañero, mi confidente... ¡Cuánto le extraño! El guardia urbano Vicente Zaragoza tenía los ojos de color azul mediterráneo. Era de talante soñador, y sabía escuchar ¡hasta a las piedras! Mucho antes de servir en mis recintos ya nos conocíamos, vivía a mis pies, frente al mar, en la calle Virgen del Socorro; la casa gozaba de un enorme patio trasero que lindaba con mi ladera. Reconozco, que no siempre se lo puse fácil; en más de una ocasión, las enormes piedras que desprendí arrasaron su jardín y destruyeron hasta los gallineros. Vicente siempre se había mostrado comprensivo con mi naturaleza salvaje; justificaba incluso el estrepitoso ruido de mis rocas: «Es la voz del castillo» —decía, para tranquilizar a su familia. Puede que tuviera razón, quizá solo fuera mi forma de llamar su atención... ¡Y lo conseguí! Un día, demasiado afligido por las últimas pérdidas que le ocasioné, me propuso: «Hagamos un trato, con las piedras que has arrojado, construiré un murete, medio patio será solo para ti; en él podrás hacer lo que quieras, pero mi mitad la respetarás para que yo

vuelva a criar gallinas, Angelita pueda cuidar sus plantas y mis hijas jugar en él sin peligro». Admito que me pareció justo y acepté gustoso. Por mi parte, para cerrar el pacto, le obsequié con una vieja armónica entre los pedruscos; cuando la encontré, estaba sucia y bastante oxidada pero, después de limpiarla, descubrí grabada en ella la más hermosa de las palabras: “LIBERTAD”. Vicente cumplió con lo prometido y construyó un muro en el que utilizó todas mis piedras, le colgó macetas y lo pintó de blanco. Yo también respeté el acuerdo, incluso permití a las niñas que, en ocasiones, jugaran en mi lado.

Además de ser vecinos, ambos cumplíamos con el mismo cometido: Velar por la seguridad de la ciudad. Corría el año 1958, cuando mi estimado agente, con uniforme azul, porra en cinto y pito en mano, lo mismo controlaba el tráfico que daba instrucciones sobre el funcionamiento de un nuevo artilugio, con luces de tres colores, llamado semáforo. El aparato se colocó frente a la puerta del Mercado Central y, durante semanas, fue todo un espectáculo.

Poco después, comenzaban los optimistas años sesenta y la ciudad estaba sedienta de ilusión; su precariedad económica podía verse aliviada potenciando el turismo. Para conseguir el objetivo, ya se contaba con el clima, las playas y el carácter abierto de sus gentes, ¡sólo faltaba yo! Me restauraron, instalaron dos ascensores y, con una capa de maquillaje, cubrieron los claroscuros de mi historia que, por dolor o por vergüenza, interesara obviar. El patio de armas, antaño manchado de sangre, pasó a ser la zona de recreo por donde unos ostentosos pavos reales presumían de su plumaje; las ruinas de la ermita de Santa Bárbara, fueron el lugar elegido por una manada de palomas blancas, que simbolizaban “La Paz”; en mi vieja cuadra pernoctaba Manolo, un simpático borrico que luciendo un sombrero de paja, atraía la atención de los más pequeños; el aljibe, calabozo, garitas y cañones, junto con las privilegiadas vistas desde mis almenas resultaban irresistibles para los turistas que, con sus cámaras, quisieran inmortalizar el recorrido.

Durante los tres días de Pascua, mis laderas se llenaban de gente acampada a la sombra de los pinos para celebrar la festividad. El olor a las toñas recién horneadas y el alboroto de los niños saltando a la comba, me invitaban a olvidar el sufrimiento y las carencias de las familias que, apenas unos años antes, había amparado en mis cuevas.

Al llegar la noche, iluminado por la tenue luz de la luna y unas cuantas farolas —que “los amantes de la oscuridad” se empeñaban en apagar— el público que me visitaba lo hacía para acudir a la taberna donde, inmersos en un intenso olor a vino y a humedad, se servían cenas y copas amenizadas por un sarao flamenco. Este exitoso servicio nocturno, atraía también a un turismo internacional, por lo que requería la presencia de un policía con conocimientos de idiomas y preparación para solventar las incidencias que “el líquido embriagador” pudiera ocasionar.

Fue entonces, cuando tuve la oportunidad de confraternizar con mi vecino Vicente, el agente al que designaron el servicio. Todas las noches, a las tres de la madrugada, cuando los clientes abandonaban el local, él cerraba el gran portón de madera que nos aislaba del exterior. Luego, con la ayuda de una linterna, recorría las dependencias; inspeccionando cada uno de mis recovecos, hasta llegar a la cima. Allí, después de izar la bandera —con la satisfacción del deber cumplido—, mientras la fiel metamorfosis del día nos obsequiaba con los primeros rayos de sol, mi “Ángel de la Guardia”, con su música, conseguía apaciguar a todos los fantasmas de mi pasado.

Y cuando el hombre, por fin, pisó la luna, sin saber muy bien porqué, ¡lo celebramos!

Amanecer tras amanecer, con el cielo como único testigo, surgió entre nosotros la simbiosis perfecta entre castillo y humano; hasta que llegó el triste día en que “su armónica dejó de sonar...” Y yo me quedé solo, mirando al mar azul y a nuestro patio blanco...

Librada Fraile Rufo

MI PEQUEÑO GRAN HOMENAJE

Las personas que nos enseñan encienden un cariño que marca para siempre.

Eterno agradecimiento con palabras de carta y carta de corazón.

Dicen que es de bien nacidos...

Grabadas en nuestro interior, y desde muy pequeños, se encuentran las personas que nos enseñaban y enseñan. Antes los llamábamos “maestro”, ahora “profesores” pero, en definitiva, son aquellas de las que aprendemos.

Aunque durante la infancia no seamos capaces de darnos cuenta del valor que tienen, sí se va creando, de forma inconsciente, un cariño especial que nos marcará para siempre.

Pero, al llegar a la edad madura, cuando nuestra sensibilidad está a flor de piel, todo va adquiriendo significados inmensos y distintos. A parte de ese cariño, comenzamos a dar importancia, gran importancia, a los detalles: la amabilidad, el buen hacer, el trato que nos dan, la calidez...

Y, por ello, se convierte en una necesidad poner de manifiesto el reconocimiento que sentimos hacia todas esas personas que se convierten en maestro (me gusta esa palabra), para esta nueva etapa que nos toca.

Al igual que otras muchas personas, pertenezco a Aulas de la Tercera Edad de Alicante. Esa “tercera edad” que encierra ya una larga trayectoria y experiencia en materia de vida, pero que también nos lleva a saber demostrar y manifestar el siempre noble agradecimiento.

En las citadas Aulas se encuentran un grupo de profesores que tienen la virtud añadida de hacer nuestros días más claros, más brillantes, más ilusionantes. Ellos quizá no sean conscientes de lo mucho que significan para nosotras; por eso es justo que lo pongamos de manifiesto.

A veces, no importa que hayamos pasado mala noche, o que los dolores articulares nos invadan, o que nuestras memorias comiencen a flaquear. Todo se pasa con una buena ducha, un dar gracias a Dios por todo lo que nos ha dado, y un llegar a ese jardín de la alegría donde encuentras al resto de compañeras y docentes que te levantan el ánimo.

No me atrevo a citar nombres (ante el temor de dejar alguno fuera, cosa imperdonable), pero destaco a todos en general. A todos los que forman parte de un gran batallón, dispuestos a la pacífica guerra de palabras y enseñanzas múltiples.

Ellos nos refuerzan día a día, nos dan confianza y, sobre todo, nos ayudan a superar esos complejos que se instalaron dentro, cuando una fue consciente de que, por las circunstancias, no pudo tener acceso a una gran formación de base.

Y me gustaría, aprovechando esta especie de narrativa breve que recoge mi vivencia (y creo que la de la mayoría), decirles con el corazón:

“Señores profesores y ya amigos: ¿son verdaderamente conscientes de la labor que desarrollan en este centro? Por si no lo saben, les expreso mi emocionado sentir, a través de unas breves líneas:

Así como hay guardianes de la patria, de colegios, y de muchísimos otros lugares, ustedes son los guardianes de una labor grande y fuerte, como es la de tener y enseñar a personas como yo.

Gracias, y debido a su entrega, hace que día a día, semana a semana, nos reforcemos un poquito más, y nos sintamos orgullosos de esta etapa que se llama jubilación. Incluso, a veces, de que nos sintamos también más jóvenes ¡qué ilusión!

Y todo esto se lo debemos a ustedes, que hacen con sus enseñanzas y su buena pedagogía, que la motivación que nos brindan a diario no se marchite.

Yo les rogaría que sigan con esta hermosa labor. Y que, cuando por ley de vida algunas no vayamos marchando y otras lleguen para disfrutar de tales privilegios, se sientan tan orgullosos como lo estamos nosotras.

¡¡Gracias mil veces a este gran batallón!! Lo grito desde el alma!!”

Una alumna agradecida.

ÓLEO/ACRÍLICO

MARQ 2 _____ **48**

Francisco Javier Sainz Lalinde

MARQ 1 _____ **49**

Paquita Durá Antón

**UN MUSEO ARQUEOLÓGICO
HOSPITAL** _____ **50**

Francisco Martínez Manzano

MARQ 3 _____ **51**

Evelyne Navarro Pérez

**PARQUE INUNDABLE
"LA MARJAL"** _____ **52**

Asun Forner Pastor

**CERÁMICA CRISTIANA DEL
SIGLO XV** _____ **53**

Paquita Márquez Ayuso

AZUL-PIEDRA _____ **54**

Luis Martínez Conejero



MARQ 2

Francisco Javier Sainz Lalinde



2º premio

MARQ 1
Paquita Durá Antón



UN MUSEO ARQUEOLÓGICO HOSPITAL
Francisco Martínez Manzano



MARQ 3
Evelyne Navarro Pérez



PARQUE INUNDABLE “LA MARJAL”
Asun Forner Pastor



CERÁMICA CRISTIANA DEL SIGLO XV
Paquita Márquez Ayuso



AZUL-PIEDRA
Luis Martínez Conejero

AGUADA EN TINTA CHINA

DAMA _____ **56**

María-Engracia Navarro Bracho

NEVERO _____ **57**

Rosa Navarro Sirvent

**PLA DE PETRACOS.
ANTIGUA IGLESIA** _____ **58**

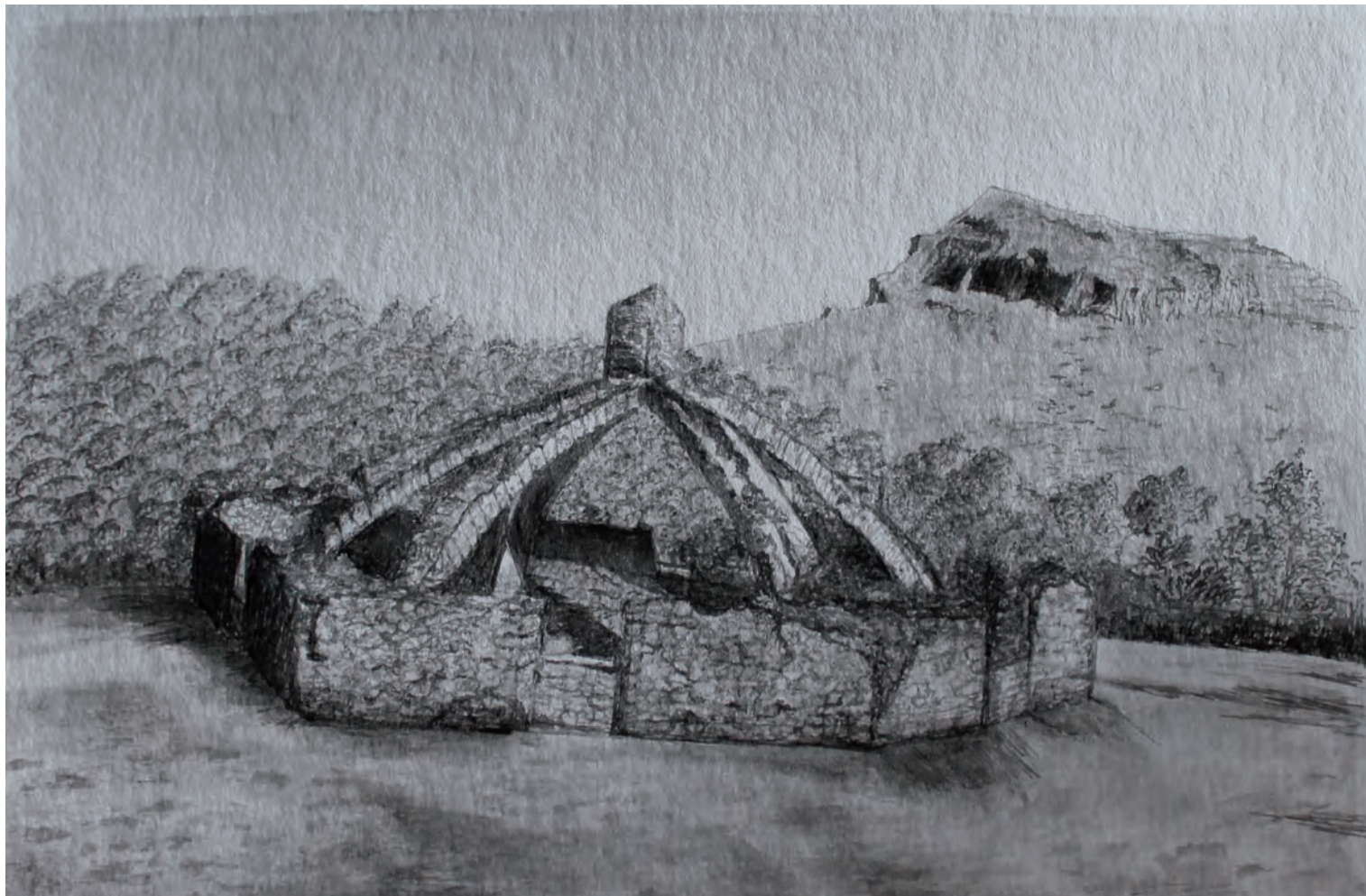
Emigdio Pertusa Perelló

**PLA DE PETRACOS.
CASTELL DE CASTELLS** _____ **59**

Rafael Maruenda Torregrosa



DAMA
María-Engracia Navarro Bracho



NEVERO
Rosa Navarro Sirvent



PLA DE PETRACOS. ANTIGUA IGLESIA

Emigdio Pertusa Perelló



PLA DE PETRACOS. CASTELL DE CASTELLS

Rafael Maruenda Torregrosa

CRÉDITOS:

Director Gerente Fundación C. V. MARQ:

Josep Albert Cortés i Garrido

Director Técnico MARQ:

Manuel Olcina Doménech

Jefe Unidad de Exposiciones y Difusión del MARQ:

Jorge A. Soler Díaz

Directora de Aulas 3ª Edad de Alicante:

Mariluz Sánchez Gomis

Textos, dibujos y acuarelas:

Alumnos de Aulas 3ª Edad de Alicante

Coordinación Proyecto “Vivencias” en el MARQ:

Gema Sala Pérez

Rafael G. Moya Molina

Departamento de Didáctica y Accesibilidad MARQ:

Gema Sala Pérez

Rafael G. Moya Molina

José Mª Galán Boluda

Encarnación Hernández Férez

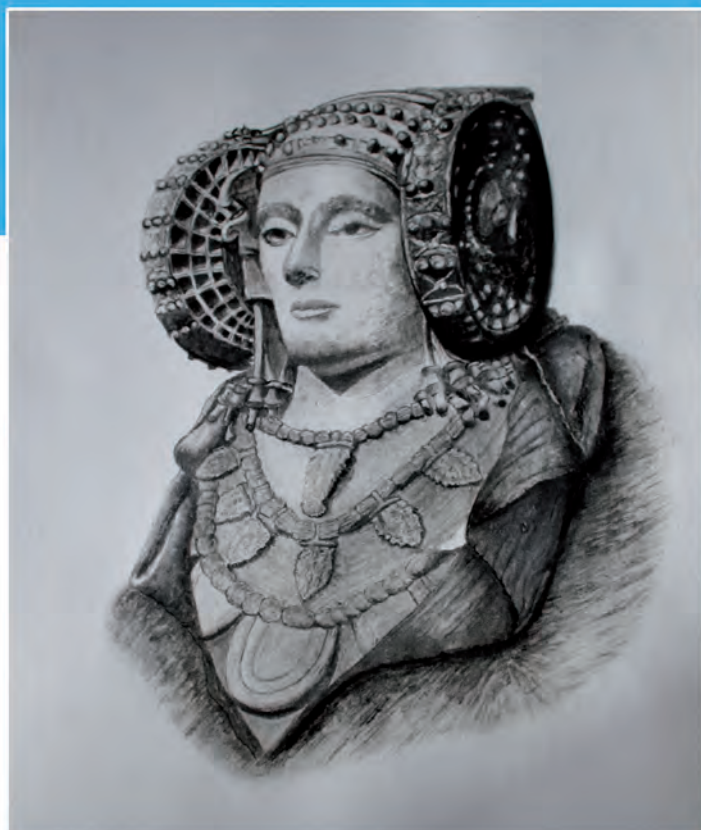
Diseño y maquetación:

Lorena Hernández Serrano

Imprenta:

Imprenta Provincial de Alicante

MARQ - 2018



FUNDACIÓN COMUNITAT VALENCIANA

MARQ

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE ALICANTE



C/Primo de Rivera 14 esto

colabora:

